

desde la
REGION

N° 31

JUNIO - 2000

EL MIEDO



EL RETO DE CONSTRUIR CONFIANZAS

Los hechos que rodearon el caso del *collar bomba* se convirtieron en un retrato patético de lo que vivimos y lo que somos hoy los colombianos. Por su causa, el proceso de paz vivió otro de sus momentos más críticos y estuvo a punto de venirse al suelo.

El primer párrafo del comunicado de rechazo que firmamos las ONG de Viva la Ciudadanía decía: "Las palabras se quedan cortas, porque cuesta creer que seres humanos sean capaces de llegar a tal nivel de crueldad. Nos referimos a los hechos ocurridos en el Departamento de Boyacá, el día 16 de mayo, que culminaron con la muerte de la Sra. Elvia Cortés Gil, a quien, para extorsionarla, se le amarró al cuello un collar con explosivos que, al intentar ser desactivado por agentes de la Policía Nacional, explotó y produjo la muerte a esta señora, a un Suboficial de la Policía que intentaba liberarla y heridas graves a otros dos".

Los pormenores del hecho indican a las claras que está diseñado para producir la mayor cantidad de terror posible, hasta el punto de dudar si se trata de un suceso emanado de la mente de un libretista de cine o de seres con intereses mezquinos. A esta altura, todo parece indicar que los autores pertenecen a grupos de delincuentes comunes.

Sin embargo, más allá del asombro y la indignación, estamos ante un cuadro que revela la aguda situación de desconcierto y desorientación en que se encuentra la sociedad colombiana. Esto por varias razones:

¿Quién dice la verdad en Colombia? La sensación más generalizada que tenemos los colombianos, ante acontecimientos de este tenor, es la de creer que cualquiera de los grupos que generan violencia puede ser responsable. Lo anterior se apoya en que todos, sin excepción, han demostrado suficiente disposición y capacidad para ejecutar actos de enorme crueldad; todos los grupos, además, han acudido a la mentira como una forma de protegerse contra los costos de las atrocidades cometidas por sus tropas, y a todos se les ha podido comprobar su falta de veracidad o el incumplimiento de su palabra empeñada.

La credibilidad en la fuerza pública. Rápidamente los comandantes de las fuerzas armadas y el director de la Policía, sindicaron a las FARC de ser autores del hecho. Esto se suma a una larga lista de comportamientos similares en donde la credibilidad de los voceros de la fuerza pública se pone completamente en entredicho pues, a los pocos días, deben retractarse o rectificar sus declaraciones.

La credibilidad del Presidente de la República. Tanto o más grave que lo anterior es la respuesta presidencial, quien suma ésta a varias salidas en falso que indican precipitación e improvisación al actuar y debilitan su capacidad negociadora y la misma dignidad de la primera magistratura en Colombia.

Las organizaciones de la sociedad civil. La sociedad civil se mostró ante el hecho, una vez más, contradictoria y lenta. Hubo quienes pidieron el levantamiento del Gobierno de la mesa de

Hay gente que muere de miedo

Norbert Lechner

La ciudad y sus demonios
Por una agenda política
de la inclusión

Rossana Reguillo Cruz

Guerra y crisis económica: La
fuente de nuestros miedos

**Marta Villa Martínez
Luz Amparo Sánchez Medina**

Territorios de miedo
en Santafé de Bogotá
Imaginarlos de sus ciudadanos

Soledad Niño Murcia

Carátula y demás fotografías:

Juan Fernando Ospina.

Ilustraciones: Francis Bacon (págs. 6-11);

Picture Book of Devils, Demons and
Witchcraft, compilación de Ernst y Johanna
Lehner (págs. 14-23); James Ensor - frag.
(págs. 25-37).

Diseño e impresión: Pregón Ltda.

Para esta publicación se ha utilizado papel
ecológico fabricado con fibra de caña de azúcar
(bagazo).

diálogo y hubo quienes también, antes de condenar el hecho, pidieron “que se pronuncien las ONG contra otro acto de barbarie de la guerrilla”. Hubo también voces en contra del horror, pero que guardaban reservas respecto a los autores y hubo así mismo fuertes silencios y poca o casi nula movilización ante la magnitud de lo que presenciábamos.

Los medios de comunicación: Y también la actuación de los medios deja mucho que desear. Puede más el afán de la chiva, que el proceso pausado de consultar y verificar con varias fuentes y contribuir a formar una opinión pública más informada, ponderada y reflexiva, que es justamente lo que hace falta en este país para afrontar la crisis nuestra de cada día.

En este contexto es bueno resaltar la actuación mesurada de la Fiscalía, a quien corresponde, institucionalmente, el esclarecimiento de este delito, y el deber de poner ante los jueces a los directos responsables con un material probatorio suficiente y confiable.

Después de un acontecimiento en donde todos, colombianos y colombianas, nos podemos mirar ante un espejo bastante empañado, quedan algunas cosas claras:

El proceso de paz debe seguir su marcha. Estos hechos sacan a la luz una verdad sabida: la violencia en Colombia es mucho más que la confrontación armada y su erradicación será una tarea de largo aliento que, en todo caso, requiere cuanto antes el cese de las hostilidades; por eso, lejos de poner en entredicho lo avanzado en los diálogos Gobierno – FARC y en el varias veces postergado acuerdo con el ELN, las cosas ratifican la necesidad de profundizar el acercamiento, especialmente en la vía de construir un acuerdo sobre respeto al Derecho Internacional Humanitario por parte de todos los contendientes y corrigiendo problemas que a todos afectan como la falta de verificación externa al cumplimiento de los acuerdos. La paz debe seguir siendo el primer punto de la agenda pública de los colombianos en la actualidad.

Se requieren mecanismos de verificación con presencia internacional. Está tan desgastada la credibilidad en nosotros mismos y hay tantas y tan profundas distancias entre las agrupaciones que actúan en el país, que se hace indispensable contar con herramientas de verificación de las versiones en las que participen terceros que nos merezcan mayor credibilidad.

Hay necesidad de todas las voces. Es claro también que para afrontar el conflicto colombiano no bastan las voces de los distintos ejércitos, ni siquiera las múltiples voces de la sociedad civil colombiana. Se necesitan todas las voces, cada una con espacios y garantías suficientes. Aquí, escenarios amplios y eficaces de participación para todos los sectores le darían un nuevo aire al proceso.

El reto de hoy: generar confianza. Salta a la vista la enorme fragilidad de lo que se ha construido y la necesidad de elevar los niveles de confianza en el proceso de paz, tanto entre sus actores directos, como en la opinión pública. Para este propósito vendrían bien hechos de paz, demostraciones concretas que creen un mejor estado de ánimo nacional y reviertan el escepticismo generalizado sobre la real voluntad política de las partes para afrontar los factores que están en la base de nuestro actual estado de postración social y polarización política.

Aunque moralmente estamos ante un colmo, la humanidad ha demostrado hasta la saciedad que cosas así son esperables. La agudeza y el ingenio puestos al servicio de incrementar la capacidad de destrucción fueron una constante humana en el siglo XX. No hay diferencia moral, salvo en la cantidad de muertos y de ceros que hay que agregar en la chequera de gastos, entre esto y el mecanismo construido para que un misil disparado desde un avión pueda introducir por la claraboya del techo de un edificio en Bagdad una bomba de 500 kilos de dinamita.

Aún así, seguimos esperando que esta sociedad global enferma y, de manera particular, la sociedad colombiana ebria de sangre, abran campo a las herramientas básicas de lo humano: la razón, la sensibilidad y la palabra. ●

NOTA EDITORIAL

Esta vez la institución amenazada fue Conciudadanía (socio activo de Viva la Ciudadanía); esta vez, el grupo que profirió la amenaza fue el Frente Carlos Alirio Buitrago del ELN, quienes acusan a esta ONG de promover marchas por la paz, defender la Constitución y capacitar a las comunidades para la participación; según ellos, estas actividades menguan la lucha de clases. Es claro que en cabeza de CONCIUDADANÍA, se amenaza a todo el movimiento ciudadano por la paz de este país que hace justamente lo que el ELN dice que no le gusta que hagamos, en abierta contradicción con sus invitaciones a participar en espacios plurales de deliberación. La Corporación Región, tal como ha defendido la necesidad de concretar la propuesta de la Convención Nacional y abrir un espacio de negociación con este grupo, reivindica el derecho de todas las organizaciones de la sociedad civil a no estar de acuerdo con ninguno de los bandos de la confrontación armada, ni con la guerra misma.



HAY GENTE QUE MUERE DE MIEDO*

Norbert Lechner

Profesor, investigador de Flacso sede Chile
y consultor del PNUD para el Programa
de Desarrollo Humano en Chile

* Tomado de Los Patios Interiores de la Democracia.
Subjetividad y política. Flacso, Santiago de Chile,
1988.



Los miedos como problema político

¿Quién tiene miedo y de qué? Entendiendo por miedo la percepción de una amenaza, real o imaginaria, propongo explorar los miedos bajo el autoritarismo en las sociedades latinoamericanas del Cono Sur¹. Hay, por cierto, percepciones específicas a los distintos grupos sociales pero existen ciertos *peligros mortales* que les son comunes. ¿Qué percibe la gente como una amenaza vital? En primer lugar, desde luego, toda amenaza a la integridad física (asesinato, tortura, asalto). En segundo lugar, lo que pone en peligro las condiciones materiales de vida (pobreza, desocupación, inflación, etcétera). No obstante, siendo la seguridad físico-material el interés vital más inmediato, él no explica por sí solo el sentimiento generalizado de temor. Junto a los miedos visibles existen miedos ocultos, apenas verbalizados. El miedo por la integridad física y por la seguridad económica destaca como la punta de un *iceberg* por lo demás invisible. Una angustia, ese miedo difuso sin objeto determinado, corroe todo; se desmoronan las esperanzas, se desvanecen las emociones, se apaga la vitalidad. Nos invade el frío; nos paralizamos. Se dice que la vida no vivida es una enfermedad de la cual se puede morir. Pues bien, corremos peligro de muerte. Un modo de morir antes de la muerte, es el miedo. La gente muere de miedo.

El autoritarismo genera una "cultura de miedo". El término, acuñado por Guillermo O'Donnell para Argentina, da cuenta de las violaciones de los derechos humanos como una experiencia masiva y diaria. Vivimos la impronta del autoritarismo bajo la

forma de una cultura del miedo. Y esta herencia persistirá, aunque desaparezca el régimen autoritario.

Quiero llamar la atención sobre un efecto paradójico: la dictadura agudiza una demanda de seguridad que a su vez nutre el deseo de una *mano dura*. Veamos el caso chileno. A fines de 1986, en pleno estado de sitio, la población santiaguina tenía muchísimo más miedo al aumento de la delincuencia y del uso de drogas que a un aumento de la represión. La criminalidad es percibida como una amenaza incluso mayor que la desocupación o la inflación, siendo que la situación económica es nombrada como el principal problema del país². El lugar destacado que ocupan la delincuencia y las drogas es llamativo, pero también plausible: la población puede atribuir a una causa concreta, tal vez vivida en carne propia, el origen de su angustia. Circunscribiendo el peligro de un objeto visible, claramente identificable y oficialmente sancionado como *mal*, el temor se vuelve controlable. La operación es simple y conocida. Las diferencias son transformadas en *desviación* y *subversión* y sometidas a un proceso de *normalización*. Siendo imposible abolir las diferencias, éstas son tratadas como transgresiones a la norma, cuya validez es asegurada precisamente instituyendo y, a la vez, castigando tales transgresiones. En la alta visibilidad otorgada a la criminalidad veo el intento de objetivar el horror inconfesable, proyectándolo sobre una minoría y así confirmar la fe en el orden existente. Si fuese así, si hubiese certeza acerca de las normas básicas de la convivencia social, entonces la

inseguridad ciudadana podría ser abordada como un asunto técnico-administrativo: un control policial que garantice el cumplimiento de las leyes. Pues bien, yo presumo que tal enfoque escamotea el problema de fondo.

Para entrever el fondo del problema propongo: 1) distinguir entre la criminalidad, definida como la transgresión (violenta o no) de las leyes establecidas y la violencia en tanto violación (criminal o no) de un orden determinado³; y 2) referir los miedos fundamentales a un orden violentado. Visto así, el miedo explícito a la delincuencia no es más que un modo inofensivo de concebir y expresar otros miedos silenciados: Miedo no sólo a la muerte y a la miseria, sino también y probablemente ante todo miedo a una vida sin sentido, despojada de raíces, desprovista de futuro. Es sobre este tipo de miedos ocultos, que cada uno tuvo que pagar para seguir viviendo, que se asienta el ejercicio del poder autoritario⁴.

No basta pues denunciar las violaciones de los derechos humanos y el desquicio que ellas provocan. La cultura del miedo es no sólo el producto del autoritarismo, sino, simultáneamente, la condición de su perpetuación. Al producir la pérdida de los referentes colectivos, la desestructuración de los horizontes de futuro, la erosión de los criterios sociales acerca de lo normal, lo posible y lo deseable, el autoritarismo agudiza la necesidad vital de orden y se presenta a sí mismo como la única solución. En resumen, lo que plantean los miedos y, particularmente, ese "miedo a los miedos" es, en definitiva, la cuestión del orden y ésta es la cuestión política por excelencia.

La demanda del orden

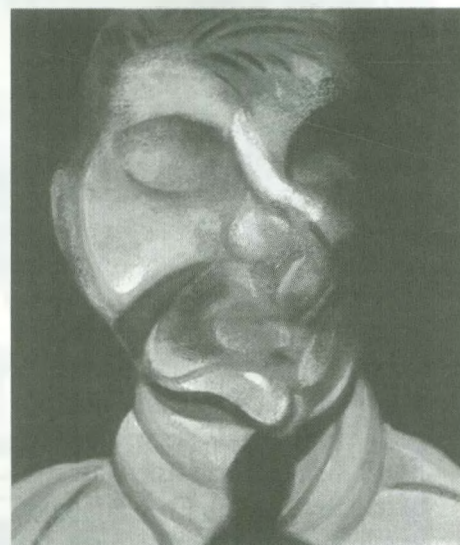
La sociedad norteamericana tiene una capacidad de elaborar pluralidad que la sociedad latinoamericana nunca tuvo. En ésta toda diferenciación rápidamente deviene rebelión, fragmentación y disgregación. En realidad, no puede haber pluralidad sin referencia a un orden colectivo y éste no es concebido en América Latina como una construcción. Predomina, desde la época colonial, una concepción *holista* de la sociedad como un orden orgánico, jerárquicamente estructurado⁵. Esta idea fuerte de comunidad sobrevive incluso a las revoluciones independentistas, subordinando el universalismo republicano a la nación. Las jóvenes repúblicas latinoamericanas se apoyan más en la idea del Estado Nacional (y, por tanto, una noción de comunidad como unidad preconstituida) que en los procedimientos democráticos. No se plantea pues el orden como un problema político, o sea, como una obra colectiva y conflictiva.

Esta visión cuasionotológica del orden y de la política se encuentra cuestionada, por cierto, desde los inicios por la exclusión de amplios sectores sociales. Al discurso del orden se contraponen desde siempre una historia de invasiones: Invasión de conquistadores y terratenientes como de indios, campesinos y las sucesivas formas de *marginados*. Podría narrarse la historia de América Latina como una continua y recíproca "ocupación del terreno". No hay una demarcación estable, reconocida por todos. Ninguna frontera física y ningún límite social otorgan seguridad. Así nace y se interioriza, de generación en generación, un miedo ancestral al invasor, al otro, al diferente, venga *de arriba* o *de abajo*. Miedo a ser expropiado por un la-

tifundista o un banco, a sufrir alguna *ocupación militar*. Y, por otra parte, miedo a ser asaltado por bárbaros: el indio, el inmigrante, en fin, las clases peligrosas. La lucha por la tierra propia, en el sentido literal, se extiende al terreno simbólico. Todos viven atemorizados de que la pureza de lo propio sea contagiada por lo ajeno⁶. Y este peligro de contaminación, este temor generalizado a estar acorralado e infiltrado, conduce a una retracción corporativista, cuando no privatista.

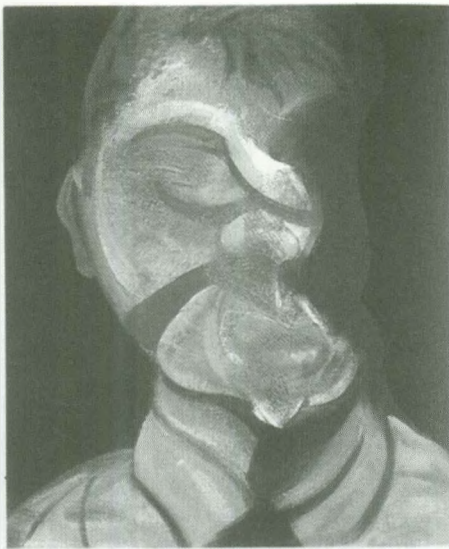
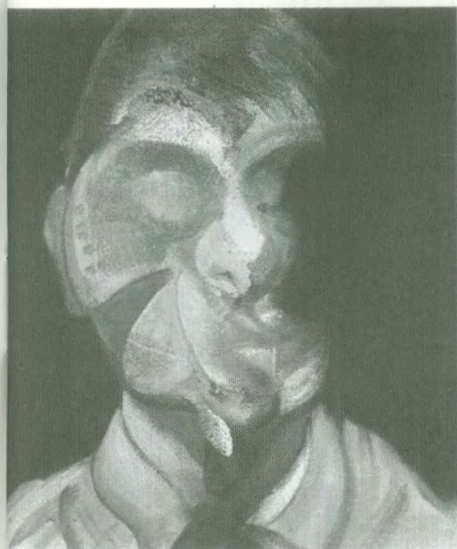
Más grande es el miedo al intruso (es decir, a lo diferente) y más altas serán las barreras defensivas que levanta cada grupo social. Este contexto ayuda a comprender las situaciones de encierro corporativo, de veto y bloqueo recíprocos que caracterizan la política en América Latina.

No existe en América Latina esa cohesión social e ideología igualitaria que Tocqueville descubrió en la base de la democracia norteamericana. El desarrollo del capitalismo, tanto la mercantilización de las relaciones sociales y la industrializa-



ción como el consiguiente desarrollo de un Welfare State incipiente, al menos en el Cono Sur, sólo profundiza la heterogeneidad estructural volviéndola más compleja. Recalco: en ausencia de un referente colectivo por medio del cual la sociedad pueda reconocerse a *sí misma* en tanto orden colectivo, la diversidad social no logra ser asumida como pluralidad, sino que es vivida como una desintegración cada vez más insoportable. De ahí nacen el recelo a lo diferente, la sospecha y aún el odio al otro. Perdida la incertidumbre que ofrecen los referentes colectivos, la diferenciación social sólo puede ser percibida como amenaza a la propia identidad. Esta pareciera poder ser afirmada únicamente por negación del otro; la defensa vital de lo propio se identifica con la destrucción de lo ajeno.

A tal clima de incertidumbre total responde el autoritarismo encarnando *el deseo de orden frente a la amenaza de caos*. Interpretando la realidad social como un combate de vida



o muerte—orden versus caos—, la dictadura se presenta y llega a ser apoyada en tanto defensa de la comunidad y garante de su sobrevivencia. Solicita legitimación popular a cambio de *poner orden*, de imponer el orden: restablecer límites claros y fijos, expulsar al extraño, impedir toda contaminación y asegurar una unidad jerárquica que otorgue a cada cual su lugar *natural*. El resultado es una sociedad vigilada, finalmente encarcelada.

Las dictaduras prometen eliminar el miedo. En realidad, sin embargo, generan nuevos miedos. Las dictaduras trastornan profundamente las rutinas y los hábitos sociales volviendo imprevisible incluso la vida cotidiana. En la media en que desaparece la normalidad, aumenta el sentimiento de impotencia. Aún el entorno diario es visto como una fuerza ajena y hostil. Al aprender que no influye sobre sus condiciones de vida, el individuo tampoco se hace responsable de ellas; surge una apatía moral. Pero ante todo, se expande el aburrimiento. La vida

bajo la dictadura es tan gris porque ya nada logra entusiasmar. Al no comprometerse con nada y con nadie, la gente pierde su arraigo social. Este desarraigo se muestra en la desconfianza que reina en las relaciones sociales. Tiene lugar un proceso de privatización que restringe drásticamente el campo de experiencia social. En un contexto ya atomizado, tal ensimismamiento reduce todavía más las capacidades de aprendizaje. Y ello provoca una alteración en el sentido de realidad. El individuo aislado tiene dificultades de verificar su subjetividad, confrontándolo con experiencias diferentes. Se diluyen entonces los límites entre lo real y lo fantástico, lo posible y lo deseado. En tales condiciones difícilmente se podrá elaborar una visión realista. Y esa falta de realismo político, o sea, la incapacidad por determinar los cambios posibles, termina por fortalecer el poder fáctico de lo establecido. El descontento con el estado de cosas existentes deviene narcisista, autocomplaciente y, en definitiva, autodestructor.

Ello nos remite a lo que me parece sea el efecto políticamente más grave de la agresión autoritaria: la erosión de las entidades colectivas. La distancia entre la propia realidad y la historia oficial, la diferencia entre la autovaloración y la valoración social es tal que los individuos no logran reconocerse en referentes colectivos. La vida singular queda enclaustrada en su inmediatez; a lo más, hay una sumatoria de singularidades sin que se elabore un horizonte trascendental (un imaginario colectivo o utopía) por medio del cual la vida en común pueda ser concebida y abordada como obra de todos. De este modo, la tendencia del autoritarismo a desorganizar las identidades colectivas termina por socavar su propia base legitimatoria. La promesa de orden desemboca en una experiencia agudizada de desorden. La misma dictadura que había invocado el clamor por *ley y orden* vuelve así a replantear la cuestión del orden. Falta saber si la democracia logrará asumir la demanda de orden.

La apropiación autoritaria de los miedos

La retrospectiva histórica es indispensable para entender el autoritarismo en el Cono Sur no como una irrupción, sino como la reacción a un proceso de onda larga. La violación sistemática de los derechos humanos no debe hacernos olvidar que vastos sectores de la población recibieron si no con entusiasmo, al menos con alivio la instauración de un régimen que prometía ley y orden. No se puede explicar esta aceptación exclusivamente por la supuesta cultura autoritaria de la región. Se trata de una opción calculada; la dictadura aparece como un *mal necesario* o *mal menor* frente a la incer-

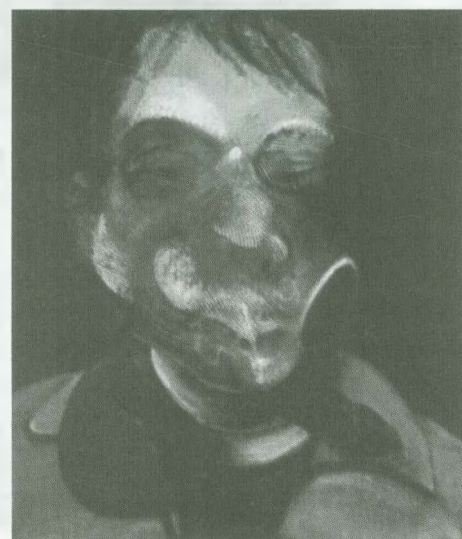
tidumbre provocada por el anterior período de cambios y movilizaciones sociales. Pero entonces, ¿por qué hay gente que sigue justificando la dictadura a sabiendas de la muerte y violencia que conlleva? De hecho, la dictadura no hace sino profundizar los miedos. Crece la angustia de perder la identidad, el arraigo social, la pertenencia colectiva. Y, sin embargo, el régimen autoritario sigue contando con un apoyo social que, siendo minoritario, no se explica por la defensa de privilegios económicos. Hay otros *beneficios* no tangibles; en concreto, gozar un sentimiento de seguridad. Que tal *seguridad* nos parezca completamente ilusoria sólo resalta el potencial político de los miedos.

El autoritarismo responde a los miedos apropiándose de ellos. Se apropia de los miedos existentes ideologizándolos. Tiene lugar una resignificación cuasiteológica de los miedos que borra la referencia a las amenazas reales, transformándolas en fuerzas demoníacas: el caos, el comunismo. Si antaño la Iglesia se apropiaba de los miedos a la peste o las catástrofes, reinterpretándolas bajo la forma de un miedo al pecado⁷, hoy el autoritarismo reelabora los miedos concretos como miedo al caos, miedo al comunismo, etcétera. Cuando la sociedad interioriza este "miedo reflejado" que le devuelve el poder, ya no es necesario un lavado de cerebro. El nuevo autoritarismo no inculca ni moviliza como el fascismo. Su penetración es subcutánea; le basta trabajar los miedos. Esto es, demonizar los peligros percibidos de modo tal que sean inasibles.

El miedo a la amenaza externa es reinterpretado en un miedo al enemigo interno. Hoy ya no es el miedo

al pecado, pero el principio operante sigue siendo el mismo: agregar al miedo la culpabilidad. Es lo que caracteriza al Estado Autoritario: instrumentalizar los miedos de los ciudadanos, induciéndolos a sentirse culpables de ellos.

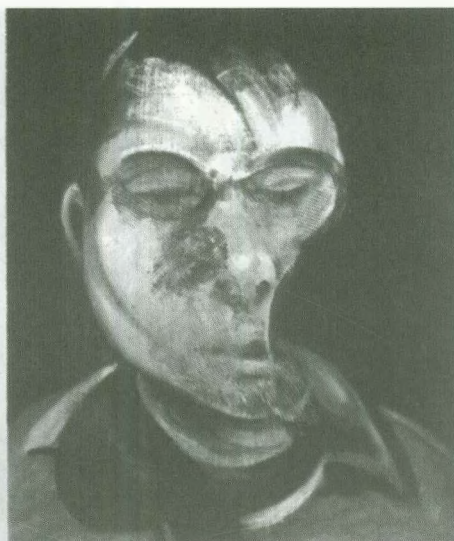
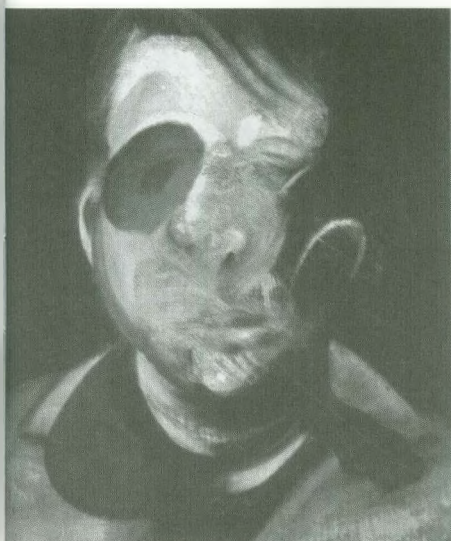
Actualizando un pánico ancestral, la dictadura domestica a la sociedad, empujándola a un estado infantil. El sometimiento autoinfligido conlleva, como contrapartida, la sacralización del poder como instancia redentora. En la medida en que se refuerza el sentimiento de impotencia, la participación política es sustituida por la esperanza en soluciones mágicas. No hay que excluir a los ciudadanos del ámbito político; ellos mismos se automarginan porque se sienten incompetentes ante la magnitud de los peligros. El proceso social aparece como una lucha de dioses para la cual resulta completamente irrelevante la propia opinión. Desesperada, muerta de miedo, la gente se entrega a una instancia superior para que decida por ella. Es un acto



de fe, un *fideísmo*, que pretende ganar la salvación renunciando a la voluntad propia⁸.

La instrumentalización de los miedos es uno de los principales dispositivos de disciplinamiento social. Se trata de una estrategia de despolitización que no requiere medidas represivas, salvo para ejemplificar la ausencia de alternativas. Por lo demás, basta inducir la desvalorización de la capacidad, personal y colectiva, de influir efectivamente sobre el entorno público. Entonces sólo queda refugiarse en lo privado con la esperanza (vana) de encontrar en la intimidad una seguridad mínima.

El deseo de orden es tan fuerte porque el peligro del caos es verosímil. La gente siente amenazado el (su) "sentido del orden", o sea, lo que hace inteligible la vida en sociedad y su lugar en ella. Está atemorizada por la pérdida de un "mapa cognitivo" que le permita estructurar espacial y temporalmente sus posibilidades. Cuando todo parece posible, el peligro del caos deviene inminente.



Cunde el pánico en su doble faceta: parálisis de toda voluntad, pero también fascinación. El poder adquiere el esplendor de un halo divino. La violencia no es atribuida a la dictadura, sino al caos. Él es el enemigo que infiltra y subvierte el orden establecido; es el peligro mortal que hay que derrotar. Aniquilando el caos —la subversión comunista— se defiende a la vida. El acto fideísta mediante el cual la gente adhiere a la dictadura es, por tanto, una entrega razonada. La gente prefiere el poder autoritario en tanto encarna la vida que lucha contra la muerte y la derrota. La dictadura aparece como la salvación⁹.

Sin entender esa *transustanciación* de la violencia dictatorial en un poder salvífico no se comprende el arraigo del régimen autoritario. Por lo general, sin embargo, estas raíces han sido subvaloradas o ignoradas por las fuerzas democráticas y, en especial, por las izquierdas. Por su racionalismo, tienden a visualizar los miedos como un rezago oscurantista, una tiniebla que se di-

siparía con el advenimiento de las luces. Además, su ideología del progreso suele hacer tal énfasis en los cambios sociales que la cuestión del orden se diluye como cuestión práctica, *hic et nunc*. Pues bien, la urgente transformación de unas condiciones sociales de vida tremendamente injustas no debe ocultarnos una constatación fundamental. La vida en sociedad ha de ser estructurada y ello requiere instituciones con sus reglas de juego, normas acerca de lo válido y lo prohibido, criterios para calcular lo normal, lo posible, lo racional; también requiere sedimentar los acontecimientos en períodos durables, delimitar espacios públicos y privados, individuales y comunes. Especialmente, exige establecer límites sociales, o sea, producir diferentes identidades colectivas, organizando las distintas experiencias y opciones. Sin tal ordenamiento —por tenue que sean los hilos que separan y comunican a la gente entre sí— el proceso de cambios produce vértigo y, en definitiva, deviene anómico.

El vértigo atemoriza. La gente no logra aprender una realidad cuyo ritmo acelerado y diversidad múltiple se le escapa sin cesar. Ya nada/nadie está en su lugar y el mundo parece fuera de control. En tal situación se extiende un deseo ansioso de *normalidad*. Incluso quienes anhelan una transición a la democracia subordinan el cambio a la mantención de cierta normalidad, por precaria e ilusoria que sea. La gente prefiere no saber nada de nada pues toda información incrementa la imprevisibilidad y, por ende, la incertidumbre. Tiene lugar una especie de *impermeabilización* mediante la cual la gente pone a seco su vida interior, protegiéndola del mundo externo.

Ya señalé el repliegue a lo privado, buscando ámbitos de familiaridad que permitan asegurarse de *sí mismo*. Se revaloriza la vida cotidiana. Quizás justamente porque fue tan alterado por el régimen autoritario, el quehacer diario adquiere una significación inusitada. Restablecer la normalidad es restablecer rutinas. Y la vida cotidiana es precisamente aquella ruta construida sobre un entramado de normas y hábitos, externos e internalizados, visibles e invisibles, que hacen previsible el decurso del día. La rutina es indispensable; quién se levantaría en la mañana si no supiese, más o menos seguro, lo que cabe esperar. Pero esta espera, por su carácter repetitivo, termina enclaustrándose en un *presente continuo*. Como dice Humberto Giannini:

“Espera, pero sin salir al encuentro de los esperado. Y es así como la rutina termina por hacer inofensivos sus propios proyectos, por miedo de salirse de la ruta. Quehaceres pendientes los ha llamado la psicología. Proyectos parasitarios de un presente continuo. Así, lo rutinario, que nos mantiene gracias a los imprevistos

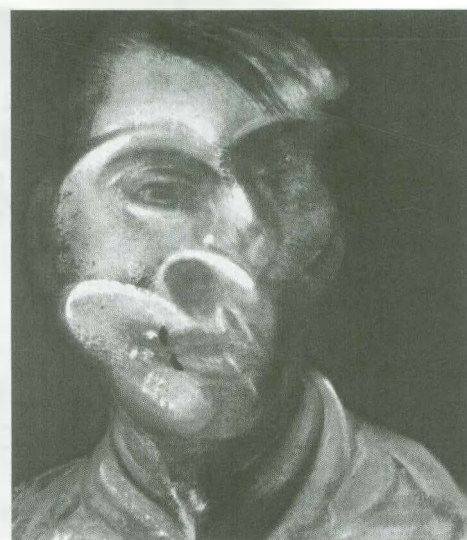
evitados, en una identidad no cuestionada, también nos mantiene en la línea de fines sumergidos, no separables ya de la visión de la ruta, indiscernibles en último término de la ruta misma. En tal visión el futuro no aparece ni como favorable ni como amenazante: parásito del presente, llega continua, mansamente como norma y normalidad. Y así también el pasado: como lo que soy habitual, irremediablemente”¹⁰.

La cita describe bien cómo la rutina —defensa vital en períodos de inestabilidad— llega a ser asfixiante. La preocupación por sobrevivir impide vivir. Para vivir, salir al encuentro de lo esperado, hay que exponerse. Y en esta perspectiva, Giannini hace hincapié en otro aspecto de la vida cotidiana: la calle. La calle como símbolo de lo imprevisible, de quedar expuesto a todas las amenazas (“quedar en la calle”), pero también símbolo de lo abierto, de lo posible. ¿En qué medida las calles de nuestra ciudad ofrecen lugar a nuevas posibilidades? ¿Nos abren posibilidades de soñar y experimentar, de innovar y cambiar de ruta, de explorar nuevos senderos? El ámbito de la vida cotidiana no suele ser considerado por una visión tradicional de la política. En cambio, viene a ser un aspecto indispensable en nuestro esfuerzo por repensar la democracia. La misma dictadura nos ha enseñado cómo los hábitos y rutinas diarias condicionan el sentido común. En buena medida, la gente adquiere mediante estas experiencias diarias aquel conocimiento práctico que guía su conducta social. En este contexto inmediato aprende el miedo y la confianza, el egoísmo y la solidaridad, o sea, la significación social de sus condiciones de vida. Lamentablemente, muchas veces el debate sobre la democracia no toma en cuenta



este “mundo de vida”. Entonces, la distancia (inevitable) entre el discurso político y las experiencias vitales provoca aburrimiento y, ante todo, un creciente desapego a la democracia.

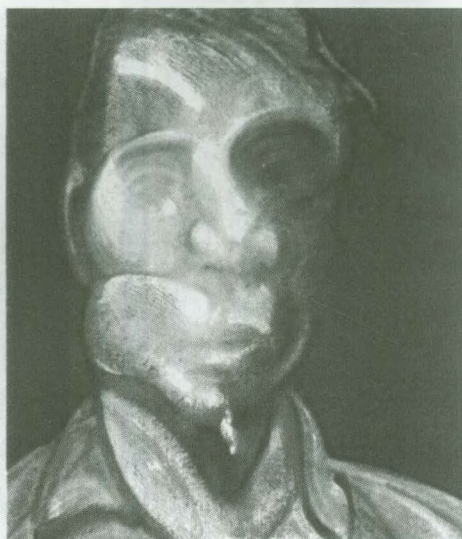
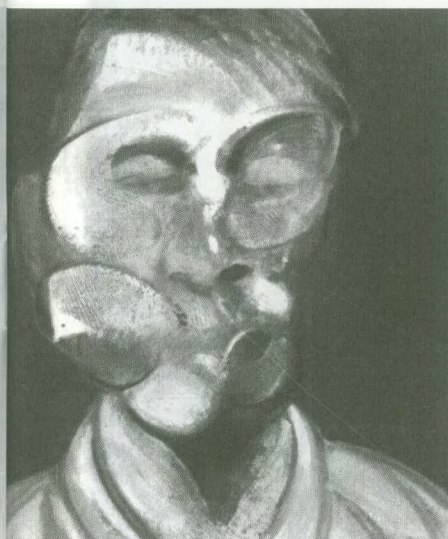
En resumen, no hay una real democratización, creo yo, si no nos hacemos cargo de los miedos. Ahora bien, tampoco la democracia eliminará el miedo. Es más: la idea de una sociedad sin miedos ha de ser entendida como una utopía imposible. Lo que sí parece posible es disminuir los niveles de susceptibilidad respecto a situaciones ambiguas y amenazantes y modificar los criterios de percepción. En concreto, pienso en la posibilidad de apaciguar nuestros temores frente al otro, ser extraño y diferente, y de asumir la incertidumbre como condición de la libertad del otro. Porque la democracia significa más que solamente tolerancia. Significa reconocer al otro como partícipe en la producción de un futuro común. Precisamente un proceso democrático, a diferencia de un régimen autoritario, nos permite (nos



exige) aprender que el futuro es una elaboración intersubjetiva y que, por consiguiente, la alteridad del otro es la de un *alter ego*. Visto así, la libertad del otro, su incalculabilidad, deja de ser una amenaza a la propia identidad; es la condición de su despliegue. Es por medio del otro y junto con él, que determinamos el marco de lo posible: qué sociedad queremos y podemos hacer.

La propuesta puede provocar la siguiente objeción: ¿Por qué responsabilizar a la política por los miedos de los ciudadanos? ¿No estaremos contribuyendo a una *sobrecarga* del sistema político y, por tanto, a la ingobernabilidad de la democracia?

La objeción es grave y difícil de responder. En realidad, ¿por qué la política habría de hacerse cargo de los miedos? Con igual razón podría exigirse que otorgue sentido a la muerte y al dolor. ¿No es un planteo que contradice a la postulada secularización de la política, volviendo a identificar la política con la salvación del alma? Se estaría borrando la distinción entre política y sentimientos



(entre autoridad y verdad, poder y amor) que había introducido la política moderna, ampliando la esfera de la libertad personal. Por otra parte, sin embargo, ¿cómo desligarse de los miedos y los deseos cuando son precisamente la mirada con que trazamos la imagen de nuestra ciudad?

La reflexión de un tema tan existencial como los miedos nos han conducido al medio de la teoría democrática: la relación entre la institucionalidad política y las experiencias sociales. La democracia supone una formalización de las relaciones sociales. El peso emocional y afectivo sobrecargaría la interacción, haciendo insoportable la presencia del otro si no ponemos cierta distancia entre nosotros. Un modo de establecer distancia son los procedimientos formales. Ellos neutralizan la dimensión subjetiva; la validez de un voto o de una decisión es vinculante independientemente de las consideraciones personales que la motivaron. Pero hemos extremado el campo de la racionalidad formal al punto de identificar la política racional con el

cálculo de intereses; para algunos, la democracia se reduce a un método de calcular costos y beneficios. Estas concepciones muestran su insuficiencia, sin embargo, tan pronto pretendamos –al estilo del neoliberalismo– lograr un “mercado político” autorregulado al margen de los valores, las motivaciones y los sentimientos de la población.

La misma dictadura, a pesar de su discurso tecnocrático, no prescinde de la dimensión subjetiva. Por el contrario, se asienta precisamente sobre su instrumentalización. En realidad, el avance de la racionalidad formal (la progresiva burocratización) nunca logró sustraer a la política al mundo de las pasiones. Sólo que –una vez excluida la subjetividad como asunto privado– su presencia nos asusta como una irrupción de irracionalidad. La subjetividad que expulsamos retorna como fantasma. En conclusión, si la democracia no da cabida a los miedos ellos se impondrán a espaldas nuestras. Su cumbimos entonces al pero de los miedos: el miedo a imaginar otras ciudades posibles. ●

NOTAS

1. Esta contribución se apoya en una conferencia dictada en el seminario sobre *Culturas Urbanas*, organizado por Jordi Borja, la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y el Ayuntamiento de Barcelona (España). Septiembre 1985. La primera versión fue publicada en *La Vanguardia*, Barcelona, 26.11.1985.
2. En una encuesta realizada por Flacso en Santiago a fines de 1986, en pleno estado de sitio, de los 1.200 entrevistados un 82% declaró tener mucho miedo al aumento de la delincuencia y al uso de drogas. Un 77% tenía mucho miedo al aumento de la inflación; 61% al aumento de la desocupación y un 64% al aumento de la represión. En la misma encuesta, un 62% de los entrevistados opinó que la sociedad chilena requiere cambios importantes o radicales, siendo los aspectos económicos los más urgentes.
3. A mi saber, sólo en Brasil existe una investigación más sistemática de la violencia urbana. La mencionada distinción es de Benevides, María Victoria: *No fio da navalha; o debate sobre a violencia urbana*, Cedec, Sao Paulo. s.f.
4. Llama poderosamente la atención la similitud que pareciera existir entre las situaciones de miedo aquí descritas y las reflexiones sobre la condición posmoderna. Ver, por ejemplo, Lyotard, Jean-François: “Unes ligne de résistance” en *Traverses* 33-34, París, 1985 y Jameson, Frederic: “Posmodernismo y sociedad de consumo”, en Hal Foster (ed.): *La posmodernidad*, ed. Kairós, Barcelona, 1985.
5. Ver Morse, Richard: *El espejo de Próspero*, Siglo XXI, México, 1982.
6. Recuerdo las reflexiones de Douglas, Mary: *Purity and Danger*, Routledge & Kegan Paul, London, 1966. Respecto a la histórica tensión entre la ciudad real y la ciudad simbólica ver de Rama, Ángel: “La ciudad letrada”, en Morse y Hardoy (eds.): *Cultura urbana latinoamericana*, Clacso, Buenos Aires, 1985.
7. Delumeau, Jean: *La peur en Occident, XIV - XVIII siècle*, Fayard. París, 1978, y su aporte “Una encuesta historiográfica sobre el miedo” en el interesante dossier presentado en *Debats* 8, Valencia (España), 1984.
8. Una breve aproximación al fideísmo ofrece Bourdieu, Pierre: “Culture et politiques”, en su libro *Questions de Sociologie*, ed. Minuit, París, 1981.
9. Me apoyo en las reflexiones de Franz Hinkelammert, como por ejemplo, las armas ideológicas de la muerte, DEI, Costa Rica. 1977.
10. Giannini, Humberto: “Hacia una arqueología de la experiencia”, en *Revista de Filosofía* 23-24, Universidad de Chile, Santiago. 1984, p.54.



LA CIUDAD Y SUS DEMONIOS

**Por una agenda
política de la inclusión**

Rossana Reguillo Cruz
Profesora e investigadora
Universidad de Guadalajara (México)

La violencia nos obliga a teatralizar y generalizar la experiencia desagradable o trágica, nos encierra nuevamente en nuestras casas, se vuelve el estado de sitio de los ricos rodeados de guaruras (esos ángeles de la guarda de las previsiones sombrías), modifica la intuición hasta volverla depósito de miedos ancestrales, se aterra ante la propia sombra porque no se sabe si el inconsciente va armado y por último, nos convence de que la ciudad, el campo de las sensaciones de la libertad, es progresivamente de los Otros, y es cada vez más el reino del Otro y de lo Otro...

Carlos Monsiváis (1999)

La fuerza de Perseo está siempre en un rechazo de la visión directa, pero no en un rechazo de la realidad del mundo de los monstruos en el que le ha tocado vivir, una realidad que lleva consigo, que asume como carga personal.

Italo Calvino (1998)

Tres imágenes tres. Para pensar al México moderno

Pensar las violencias, exige colocarlas en sus arraigos empíricos; no dejarse seducir por ellas, demanda el ejercicio contrario, rechazar su aparente transparencia y levantar el vuelo para contrarrestar su pesadez.

Imagen uno: Lo sólido no se desvanece

De dos en dos, descendieron de los vehículos oficiales tan relucientes como los nuevos uniformes que la nueva policía federal preventiva estrenó para la opinión pública la mañana del domingo 6 de febrero del año 2000. Silenciosos, *desarmados* anónimos desfilaron ante las cámaras de televisión que esperaban la historia por venir. Dos mil quinientos policías avanzaron sobre la Universidad Autónoma de México. El objetivo, detener a los *panstas*, es decir, a los estudiantes en huelga, recuperar las instalaciones de la universidad y poner fin a una huel-

ga que duraba ya diez meses. "Quirúrgica, impecable muestra de la capacidad y autodomínio policiaco", como caracterizaría ese mismo día el presidente de México, Ernesto Zedillo, a la operación, la detención de cientos de estudiantes y el civilizado comportamiento de la policía, armados apenas con *toletes*, se convirtió en el espectáculo mediático que señaló, entre otras cosas, el triunfo de la solución violenta y el imaginario expandido del autoritarismo, como única alternativa. El apoyo mayoritario a la medida, el alivio entusiasta con que muchas mujeres y hombres, ciudadanos del México moderno, celebraron la intervención de las fuerzas del orden, como prueba irrefutable del regreso del *Estado de derecho*, y el crecimiento de la soberbia y de la impunidad con que las dos grandes cadenas televisivas mexicanas hacen su cotidiano llamado a la guerra, hacen pensar que México se desliza, peligrosamente, hacia un escenario en el que el endurecimiento de la violencia legítima se percibe como una salida inevitable al caos, el desorden, las violencias. La demanda de *mano dura*, gana adeptos, deja de ser susurro vergonzante para convertirse en grito colectivo. Algo anda mal.

Imagen dos: Todos a una

Una semana después de la operación *quirúrgica* de las instalaciones de la UNAM, con varios cientos de jóvenes presos, otros tantos, los menores de edad, reclusos en centros de internamiento especial, por su *alta peligrosidad* y una discusión compleja entre los mexicanos, otra operación de intervención policiaca se convierte en noticia de primera plana. Los estudiantes normalistas de la escuela rural para maestros El Mexe, en el estado de Hidalgo, también en huelga, reciben la *visita* de la policía para desalojarlos de la escuela. Sólo que en esta ocasión, la policía se encuentra con padres de familia, pobladores, simpatizantes de los huelguistas, que a la manera de Fuente Ovejuna, desarman a la policía, los desvisten y los amarran en el centro de la plaza principal. El espectáculo de los policías sometidos, pese a la indignación de las televisoras, despierta sonrisas, chistes y un cierto aire de triunfo de la justicia popular, esas pequeñas revanchas frente a la violencia legítima. Se trata del mismo México de la imagen anterior y no es ninguna contradicción, sino apenas el esbozo del caos que nos habita y del modo itinerante en el que nos colocamos ante las violencias y de la percepción diferenciada de las fuentes del mal.

Imagen tres: El Supermán bizarro

“Nomás de verlo por la tele, daba miedo, imagínate topártelo en la calle” fue el comentario de una estudiante a la noticia de la detención de uno de los secuestradores más notables y temidos del país, Andrés Caletri. Y efectivamente daba miedo, al dramatizar frente a las cámaras su pertenencia a una estirpe maldita, exasperado por los *flashes* y los micrófonos, dirigía una extraviada mirada a los fotógrafos para decirles con aire retador y pintoresco: “*nos vemos en el infierno, culeros*”.



Caletri, escenificaba, en beneficio del *show business*, al asesino serial de los filmes de culto del cine hollywoodense y venía a ratificar las sospechas en torno a la sofisticación y profesionalismo con la que hoy opera el crimen organizado. Este *Supermán bizarro* como lo describió un agente de la policía, haciendo alarde de las fuentes que nutren su imaginario, entraba, por la puerta grande, al universo de los demonios que no pueden ya reclamar para sí, un origen nacional. Patrimonio global, los antihéroes se disputan el privilegio de la efímera pero contundente fama que alimenta los terrores y el miedo al miedo que configuran el clima de la época. Caletri es la encarnación del mal contra el que no hay nada o muy poco qué hacer y del rostro cambiante del temor y de la experiencia de la indefensión.

De las inagotables posibilidades para construir el paisaje de las violencias que latén en la sociedad, mexicana en este caso, las tres aquí seleccionadas permiten enfatizar las tres cuestiones que quiero abordar a lo largo de esta exposición:

- La imposibilidad intelectual y política de separar el análisis de las violencias contemporáneas de su uso político y su articulación con el poder.
- La urgente necesidad de develar los procesos sociales mediante los cuales el miedo en las sociedades urbanas se está construyendo y su vinculación con las formas de sociabilidad y sus anclajes culturales profundos.
- La construcción cambiante de un otro pensado como operador de las violencias e imaginario como respon-

sable del *deterioro*, del *caos* y del *desastre* imaginario expandido en las sociedades urbanas en un contexto crecientemente globalizado.

Hay entonces, a la manera de un juego de naipes, una carta política, una carta social y una carta cultural. Juguemos, pues.

Primer movimiento

El exilio en la propia ciudad es una experiencia narrada y vivida de diferentes modos por hombres y mujeres que

perciben el entorno urbano como un territorio poblado por demonios que amenazan diferentes órdenes de la vida social, desde la vulnerabilidad física, hasta los temores morales, pasando por la desconfianza generalizada ante las instituciones. La ciudad asume el rostro de la inevitabilidad de la violencia. Ciudad y violencia se han convertido en sinónimos, en imaginario indisoluble, en palabras intercambiables.

La violencia se experimenta como dato fatal e ineludible, como tributo necesario cotidiano a la ventura urbana, adrenalina que suda por los cuerpos como evidencia de una condición ciudadana que asume *irremediablemente* su contribución al ritual que une y fragmenta, el miedo.

Un lamento generalizado que deviene cofradía de miedos: unidos en el temor a las violencias, se aporta desde la experiencia propia, la del vecino, la del relato televisivo, la de la nota policiaca, para dar forma a esa escultura viva en la que cada quien cincela sus temores. El miedo a la violencia, el sentimiento de indefensión, acuerpan, generan una comunidad de la que quedan excluidos los que no tienen un relato que aportar, una aventura terrible por narrar, un miedo confesable y por lo tanto, honroso. “Tenemos miedo”, es el santo y seña de los *cofrades*.

El miedo a la violencia, el miedo a sus operadores, se alimenta de la construcción intersubjetiva de sus formas de presencia en el espacio urbano, funda un sentimiento de solidaridad de grupo donde “la víctima sustituye al ciudadano” (Mongin, 1993). Cuando la victimización es el atributo que define las formas de auto y heterorreconocimiento en la ciudad, se genera efectivamente un sentido de *cuerpo* cuyos lazos precarios e inestables configuran una comunidad emocional que dirige su energía

contra lo que percibe como el enemigo externo o el transgresor interno. Se trata de una comunidad *contra* su sentido, fundado en la percepción de la amenaza, necesita rituales que lo activen. Ahí, los medios de comunicación con su apocalipsis cotidiano y su efectivo trabajo sobre los símbolos, los significados, la emoción; ahí, las estrategias del estado para llamar a la ciudadanía (genérica) al combate colectivo contra una delincuencia (genérica) y sobre todo, ahí, la construcción del enemigo.

Anclado en esta idea de cuerpo colectivo, aparecen en el espacio público un conjunto de prácticas y formas de respuestas que encuentran su justificación en las dicotomías orden/desorden, amenaza/protección.

A la manera de analizadores culturales, los programas de prevención del delito en las ciudades, hablan de las transformaciones que se han operado en el modo de percibir y entender las violencias urbanas.

Bajo el supuesto de una vaga corresponsabilidad entre el estado y la ciudadanía, se ampara el crecimiento de grupos de autodefensa civiles. Los llamados *vecinos vigilantes* o *vecinos alerta*, que operan en barrios y urbanizaciones de manera legal, en diferentes ciudades mexicanas, construyen redes de interacción vecinal cuyo tejido carece de memoria y del soporte de instituciones previas. En la metrópolis compleja *vecino* no es la persona con la que se comparte una historia de solidaridades previas, sino la persona con la que se comparte la zozobra, con la que se comparte un código que se agota en señales de alerta y en rutinas preestablecidas. Se trata de un ente anónimo que sólo adquiere corporalidad en la defensa del territorio común, pero del que se depende en la oscuridad. La plataforma de estas redes está fundada en el miedo y en el peligroso supuesto de la capacidad para descifrar, en común, las señales de amenaza. Frente a la cohesión social que hacen posible, resaltada por sus operadores y simpatizantes, hay que señalar que estas estrategias de sobrevivencia urbana frente a la percepción de la intensificación de la violencia, comportan fuertes dosis de intolerancia, represión discrecional y división social¹.

Estos modos de respuesta se inscriben en un imaginario cada vez más compartido, en torno a la incapacidad del estado para hacer frente a las violencias.

Al verse desbordado el aparato de seguridad estatal, colapsan las formas convencionales para enfrentar las violencias y se instaura un clima político social, en el que pese a los discursos en contra, se abre paso a una lucha de todos contra todos, en la que unos *todos* tienen mayores posibilidades de impulsar su proyecto. Lo unido por el miedo se fragmenta por el miedo. "El derecho a la sospecha" como nombraba Simmel (1986:253) a la reserva con que urbanistas se relacionan con sus pares, despliega hoy, no el valor de una libertad y cosmopolitismo propios de la urbe, sino un rostro de rechazo intolerante, de resistencias y de luchas frente a lo diferente.

La ciudad, el lugar del accidente y de lo ambiguo

La metrópolis contemporánea se aleja cada vez más del sueño de Le Corbusier, cuya utopía arquitectónica negaba la confusión y el caos del desorden o de lo espontáneo. Desafiando la razón arquitectónica, la estética del caos y la lógica del desorden, se instauran lenguajes de lo urbano, lenguajes mestizos que crean y recrean cotidianamente sus propios códigos narrativos en diversos territorios: en la explosión de símbolos religiosos que bautizan irreverentemente el espacio de lo público y lo laico, en las señales de intromisión que dibujan, pese al esfuerzo de los planificadores, una pobreza que retorna permanentemente, o en la escenografía cambiante de las franquicias globales que quieren borrar, sin lograrlo, el paisaje local.

La ciudad se narra a sí misma de forma en que la superposición de planos dificulta establecer demarcaciones y fronteras estables. En ese movimiento, las violencias se desespacializan, emergen, ubicuas, mezclando las ecologías de la ciudad. Lo inseguro y lo seguro, lo bueno y lo malo, se convierten en coordenadas itinerantes que se trazan desde parámetros múltiples y complejos. Sin embargo, a la percepción de una violencia desterritorializada, se responde con los esfuerzos por territorializarla, confinarla a unos márgenes aprehensibles.

Dotar a la violencia de un territorio significa una victoria, en tanto confiere la ilusión de que aislando el territorio, se combate la violencia. Así, territorializar las violencias, por ejem-



plo, a la manera de las ciencias forenses y dividir la ciudad en zonas de alto riesgo, hacer su *epidemiología* de acuerdo a temporalidades y horarios en el que las violencias despliegan su rostro de muerte y, ese afán positivo de asociarlas a ciertos agentes aceleradores como el alcohol, la droga y el sexo, lógica que es amplificada por los medios de comunicación que, suman a estos criterios su retórica estigmatizadora y sus rutinas de reducción de la complejidad (Reguillo, 1999), contribuyen también a fijar a los agentes de la violencia. En tanto no hay territorio sin actores, esta forma de representación de las violencias permite imaginar que las murallas reales y simbólicas, ayudan a frenar el avance de los que son pensados como responsables del deterioro.

En esta simplificación, se configuran tres campos de sentido asociado a la violencia en la ciudad un territorio habitado por pobreza², un tiempo nocturno y de excepción, y un entorno caracterizado por el relajamiento moral y por los vicios.

Desde esta lógica los culpables de las violencias, los transgresores, empiezan a adquirir un rostro reconocible. Se trata fundamentalmente de las *criaturas de la noche*, los seres nocturnos, metáfora de los márgenes y de la irreductibilidad al discurso moral de la sociedad: drogadictos, borrachos, prostitutas, jóvenes que escapan a la definición normalizada, homosexuales, travestidos, pensados como portadores de los antivalores de la sociedad y propagadores del mal.

Sin embargo, se trata de figuras contradictorias en tanto que representan simultáneamente, de una parte, amenaza y riesgo, y de otra, tentación y seducción. Es decir, su poder desestabilizador se percibe asociado a la atracción que ejercen sobre los buenos ciudadanos, que se ven atrapados en las redes de estos seres que acechan desde la oscuridad.

A la manera de los seres de Cesare Lombroso, que en el siglo XIX, regaló al mundo de la ciencia un manual sobre el *Hombre Criminal* (1876), los seres nocturnos del año 2000, pertenecen a la categoría de *criminales en potencia*, aquellos que se alejan de la norma y representan los atributos degradados de la especie. Si en el die-



cinove estos seres fueron sometidos por la argumentación *científica*, hoy estos personajes que pueblan amplios territorios de las ciudades contemporáneas, son sometidos por un imaginario fuertemente anclado en los dispositivos técnico-simbólicos de los medios de comunicación que se asemejan a Lombroso y al pensamiento por él representado, en el sentido de la necesidad de la estandarización de la norma. Para Lombroso, el genio, el criminal o el loco, eran un producto de la degeneración; afirmó, por ejemplo, que *el*

genio es una psicosis degenerativa del grupo epiléptico y por supuesto, propuso un conjunto de indicadores para revelar la presencia de genios y criminales entre la buena sociedad decimonónica.

Lo que interesa resaltar aquí es la constante antropológica que la sociedad actual parece reproducir, en el sentido de fijar unos márgenes, unos límites donde hacer caber la normalidad. Todo aquello que sale de esta norma amenaza la estabilidad y el orden y, por consecuencia, es portador de violencia.

Los homosexuales, el grupo urbano en torno al que giran de manera obsesiva los medios de la sociedad (¿mexicana?) y cuya preferencia sexual es elevada con frecuencia a la condición de *causal de delito*, en los medios de comunicación, dan forma a un imaginario³ que los representa como *depravados, egoístas, inconformes y amorales*, cuyas acciones fundamentales se construyen a través de verbos activos: corromper, engañar, transgredir. Al operar una ruptura con la norma, el homosexual se vuelve para numerosos sectores de la población en un operador de violencias múltiples. La lectura más *generosa* en relación a los homosexuales, los ubica como *anormales y equivocados*, aparece, de manera interesante, la atenuante de la "enfermedad". Pensados también como víctimas a su vez de la familia, de la sociedad o de la naturaleza, los homosexuales que son tales por placer son *malos y perversos*, mientras que *si lo hacen por enfermedad* son tolerables.

Una ola de asesinatos contra homosexuales se ha desatado en México sin que las autoridades y aún, la sociedad, encuentre en ello motivos de preocupación. "En realidad se lo merecía" es un discurso común que parece aludir a una revancha contra todos aquellos que atentan

contra la norma. "La violaron porque era una mujer de la vida fácil" o "sí, la policía lo mató, pero era un delincuente", son frases que más allá de su pasmosa formulación, señalan la incapacidad creciente para ponerle freno a una espiral de violencias que encuentran su justificación en el temor a un otro alejado de la norma.

El persistente discurso sobre la norma y el temor a su transgresión, dificulta, aleja, complica la posibilidad de revisar el pacto social, que en el caso de México, sigue anclado a un imaginario al que parece resultarle imposible, desde el abismo cultural que separa a los *nosotros* de los *otros*, otorgarle un no amenazante a la diferencia.

La representación de las violencias permanece vinculada a lo otro y su leyenda confinada, ilusoriamente, a territorios controlados, pensada como *condición natural* de ciertas categorías sociales. La demonización sobre ciertos grupos urbanos fortalece el imaginario de limpieza social que trastoca no sólo el paisaje arquitectónico de las ciudades, sino sus formas profundas de socialidad.

El incremento de las urbanizaciones cerradas con vigilancia propia; la reinención cotidiana de alternativas para enfrentar la inseguridad; el repliegue al mundo privado; los *amuletos* protectores como los teléfonos celulares, que no cumplen solamente una función comunicativa inserta en una lógica tecnologizada, sino principalmente, y de acuerdo al discurso de los propios actores, son garantía de la propia seguridad, especialmente en el caso de las mujeres; y el armamentismo creciente, no pueden aislarse en el análisis de los discursos que sobre las violencias urbanas construyen los medios de comunicación.

Como lo ha señalado Barry Glassner (1999) para el caso de los Estados Unidos, las cadenas informativas se rigen bajo el dictado *if it bleeds*. A partir de diferentes investigaciones, Glassner encontró que entre 1990 y 1998 la tasa de homicidios había descendido un 20% en su país, mientras que el número de historias de asesinatos se incrementó en 600% en las cadenas noticiosas. El dato no es irrelevante.

Sabemos que los medios operan hoy como industrias cuyas rutinas y lógicas de producción se articulan a un esque-

ma globalizado que busca estandarizar sus públicos a través de formatos, géneros y contenidos que puedan ser *reconocidos* en cualquier parte. El reality show, por ejemplo, no es sólo ya un producto de exportación desde los centros productores, sino una plataforma expandida, un modo *de hacer y de contar* que busca (y encuentra) sus formas de anclaje local. La *tele-verdad* es un género global que se articula a las memorias y a las identidades locales. El género global encuentra lo que de universal poseen las historias localizadas: el drama, la miseria, la explotación, la muerte; y, principalmente, sirve de caja de resonancia a los imaginarios del miedo.

En México, entre las principales causas de mortalidad, los homicidios ocupaban en 1990 el décimo lugar en la lista, y en 1997, último dato disponible, pasaron a ocupar el noveno lugar⁴. Sin embargo, en números absolutos, la muerte por homicidios descendió casi un 10%, pero la nota violenta adquiere una centralidad, que la coloca en el plano simbólico como el principal factor de riesgo para los mexicanos. No se discute, por ejemplo, que anualmente mueren en el país más de 14 mil indígenas de enfermedades curables. Ello no se asocia en el imaginario con ningún tipo de violencia.

Pese a la aparente contundencia de estos datos, en un intento por problematizar el argumento estadístico, que nunca es transparente, y en la búsqueda de una distancia crítica frente a un pensamiento de sentido común que parece construir una relación mecánica entre los medios de comunicación y la representación de las violencias, hay que utilizar los mismos datos, desde otras lógicas; por ejemplo, desagregar la información por género y por edad.

Tomando los datos oficiales para 1997, la muerte por homicidio, en el caso de los hombres, pasa a ocupar el sexto lugar en el mapa general, mientras que desciende al décimo octavo lugar en el caso de las mujeres. Para los jóvenes varones de 15 a 24 años de edad, la muerte por homicidio ocupa el segundo lugar, sólo después de la muerte por *accidentes*, y en las mujeres en el mismo rango de edad, se coloca en la cuarta causa de muertes, antes del suicidio.

¿Significa esto que la violencia tiene género y edad? Como lo han documentado numerosas y diversas inves-



tigaciones en América Latina⁵, la violencia se ha asentado en territorios juveniles. Víctimas y victimarios, los jóvenes varones de estratos populares de las ciudades se han convertido en los principales protagonistas de la novela negra del continente. Pero no hay en ello ningún misterio. En tanto el modelo cultural de las ciudades obedece a una pauta masculina que ha confinado a las mujeres al espacio privado, es *natural* que los habitantes del espacio público sean entonces los protagonistas principales de una violencia que reinterpreta algunos elementos tribales en el contexto del deterioro urbano (Reguillo. 1999b).

En este sentido, creo que el documento que mejor construye lo que quiero señalar es la película neozelandesa, *Once were warriors* de Lee Tamahori. La calle es el lugar de los hombres, ahí las mujeres sólo significan una *interrupción* en el mundo masculino, hecho de códigos de fuerza, de poderío, de afirmación machista. La fuerza física es el valor de cambio. En este discurso cinematográfico, la joven mujer que muere por su propia mano, rebelde al imperativo cultural que la reduce a objeto, incapaz de enfrentar la violencia doméstica, completa el círculo. El afuera masculino, es decir, la ciudad, es el espacio que sólo puede habitarse en y desde la violencia; el adentro femenino, es el espacio que no logra contener la fuerza masculina y por ende, expulsar las violencias. La experiencia cotidiana de la violencia sólo puede enfrentarse mediante la huida hacia la muerte: para ellos, la inevitabilidad del conflicto con los rivales; para ellas, el ritual que devela la imposibilidad del escape. Y sí, las violencias tienen género y edad, tienen raza y religión, por ello resulta fundamental pensarlas en sus complejos arraigos empíricos.

Por ello, más allá de los datos puntuales, lo que este mapa intenta señalar es que la representación de las violencias no puede entenderse de forma unívoca y monocausal. Si por un lado hay que coincidir con los análisis que develan el protagonismo creciente de los medios de comunicación en la expansión del imaginario de las violencias, de otro lado hay que colocarse en los territorios diferenciales de la vida de las ciudades, ahí donde las formas violentas de resolución de conflictos ocupan un lugar privilegiado en los modos de socialidad que, anclados en ma-



tices culturales, inscriben sus propios campos de representación de las violencias, campos en los que las estructuras de simbolización de la diferencia reducen a lo otro a una categoría *salvaje*, portadora de atributos degradados y potencialmente violentos.

Una socialidad urbana fundada en la mitología de una alteridad amenazante no puede realizar la democracia, ni darle juego a la necesaria pluralidad que la sustenta. Las *criaturas de la noche* como metáforas de lo invisible necesario y de la ruptura de norma, son

desplazadas al lugar de una alteridad cuyo papel es el de fortalecer, por negatividad, el valor de la norma y el orden.

Los enemigos de la modernidad

La irrupción del movimiento zapatista en el México de 1994, operó una transformación profunda en la sociedad. Los indígenas chiapanecos colocaron en el debate nacional un conjunto de temas invisibilizados por la epopeya modernizadora de la nación. A salvo de la historia contemporánea de América Latina, los mexicanos tejieron una narrativa nacional en el que la continuidad y diferencia quedaron resueltas en la categoría del mestizaje, que sirvió para fundar un proyecto nacional sustentado en la unidad discursiva a la diversidad.

Pero en los umbrales del siglo XX, los indígenas alzados acribillaron con sus rifles de madera el muy guadalupano mito de la mezcla sin conflictos. En voz del subcomandante Marcos, desde el corazón de la selva La Candoná, llegó al centro de las ciudades mexicanas la evidencia de la terrible desigualdad que habitaba en el país. Como si alguien hubiera encendido alguna luz, la siluetas de una exclusión apenas intuida cobraron cuerpo y adquirieron voz propia.

Se volvió evidente que muchas de las violencias que latían en la sociedad mexicana, incluso en las venas de su mestiza e híbrida megalópolis, estaban ancladas en el enmascaramiento de un proyecto civilizatorio y cultural que borró el componente indígena de la nación mexicana. A la máscara de la negación, los indígenas opusieron la máscara de la visibilidad. Paradojas de la modernidad reflexiva: al ocultarse tras un pasamontañas, los indígenas se volvieron, finalmente, visibles.

El argumento que quiero colocar aquí es que hay violencias en las ciudades cuyo signo no puede ser aprehendido más que a través de la deconstrucción de los procesos históricos.

Así, en mi análisis de los miedos urbanos de fin de siglo, toma forma un campo de representaciones que vincula el temor a las violencias, con los que he denominado "las criaturas del pasado".

Indígenas, migrantes, indigentes, espejos de una realidad que la sociedad se niega a ver, *traen* a la ciudad, espacio del progreso y de la conquista del pasado, las imágenes borradas por una modernidad de aparador. Representan los residuos de un tiempo antiguo, al que se mira simultáneamente con nostalgia y con rechazo.

El empobrecimiento estructural del campo mexicano, debido principalmente al proyecto de desarrollo industrial y urbano privilegiado por los gobiernos posrevolucionarios, expulsó a partir de la década de los treinta a un amplio contingente de campesinos a las ciudades del país, el flujo de expulsión no se ha detenido desde entonces. Narrado por el cine mexicano y vitalizado por la floreciente y exitosa radio de los años cuarenta, este proceso fue imaginado como un segundo mestizaje en la nación. De los cruces entre el campo y la ciudad emergía la figura del *peladito*, tan bien representada, aunque no de manera exclusiva, por Cantinflas. Este *nuevo* personaje representaba la pureza, la inocencia y el apego a la tradición de los sectores campesinos del país, al tiempo que desarrollaba la malicia, el sentido de oportunidad y el desarraigo como atributos asociados al ciudadano. La fusión de hablas para decir el mundo, abría paso a un imaginario en el que la pobreza se dignificaba, es decir, adquiría una valencia positiva en tanto se la pensaba como una etapa transitoria, que a través de los esfuerzos, siempre apegados a la tradición y a la honestidad, se superaría. Sin embargo, este híbrido nunca lograba completar su metamorfosis.

Atrapado por las contradicciones de un modelo que valoraba sólo en el plano discursivo los atributos asociados a una matriz campesino/indígena, pero que en la práctica exaltaba los valores de una sociedad en pleno proceso de mo-

dernización, este personaje quedaba siempre condenado a la soledad acompañada de la vecindad, del barrio pobre, del aislamiento en la gran ciudad, a la que renunciaba entre gustoso y melancólico para no *contaminar* su pureza. La ciudad quedaba *afuera* y estos personajes, en exilio interior, configuraban unas formas culturales desancladas de su entorno que se convertirían poco a poco, y también de la mano de las industrias culturales, en prototipo del atraso y de la violencia.

Fortalecida una clase media relativamente ilustrada y sedentaria, afianzado el modelo desarrollista y en pleno ascenso la inserción del país en las dinámicas internacionales, se cerró la pinza para terminar de dibujar un imaginario que convirtió a estos actores en enemigos de la modernidad y en portadores potenciales del peligro del retorno.

En un país con 40 millones de personas en la pobreza, entre las cuales el discurso oficial reconoce que hay 26 millones en pobreza extrema, una población indígena de 11 millones que conservan sus lenguas y sus formas tradicionales, un flujo migratorio interno, que por un lado alimenta al sector informal y por el otro se articula a formas coloniales de explotación, al producir grandes desplazamientos de jornaleros indígenas que nomádicamente se emplean en zonas de cultivo cercanas a grandes ciudades, la representación de las violencias asociadas a estas formas de vida ocupa un lugar privilegiado en el mapa de las interacciones urbanas.

En los campos de representación vinculados al pobre en la ciudad, en el análisis de los materiales que provienen de la dimensión etnográfica, la figura del pobre es calificada a partir de tres ejes principales: *Inutilidad, ignorancia y flojera*. Hay una importante tendencia a pensarlo como un lastre y un estorbo para sociedad. Al pobre se le reconocen cuatro modalidades de acción en la ciudad: la de *pedir*, la de *chantajear*, la de *delinquir* y la de *mentir*; es pensado entonces como un *natural* operador de las violencias urbanas. Resalta también una lectura estética, el pobre es feo y es sucio. Al pedirle a los entrevistados algunas vías de acción para enfrentar el problema de la pobreza y de los pobres en la ciudad, se encontraron no pocas respuestas que enfatizaron la *solución*



violenta: hay que encerrarlos o hay que exterminarlos. Los más *tolerantes* propusieron la opción de la capacitación.

No resulta entonces extraño que los gobiernos locales desplieguen lo que con gran pompa ellos denominan *estrategias*, cuyo eje vertebrador está en la invisibilización de los pobres en la ciudad. Refiero aquí un ejemplo de alcance local?

En el documento titulado *La coordinación contra el crimen*, elaborado por la Secretaría Técnica del Consejo Ciudadano de Seguridad Pública del estado de Jalisco en mayo de 1998, aparece una peligrosa, raquítica (e incluso poética) concepción de la seguridad. En el punto 8 del citado documento, bajo el tema "Recuperación de calles y avenidas", se lee: "los limpiadores de parabrisas, vendedores y mendicantes han hecho de la calle área de 'trabajo' (sic) y con ellos sólo se ha conseguido fomentar desorden del tránsito, la mala imagen de la ciudad y hasta en los delitos que se cometen al amparo de una supuesta actividad legal, que no lo es". Se consigna también en este apartado que: "del mismo modo puede abordarse el problema de los niños de la calle, en donde pareciera que es un problema dejado a la buena voluntad de quién sabe quién (sic) y se olvida que también es obligación legal de las autoridades evitar que estos fenómenos de explotación y degradación humana se sigan dando en el escenario de las otrora bellas y cuidadas calles, avenidas y calzadas de nuestra ciudad" (pág. 7 y 8).

Basado en este documento *técnico*, el ayuntamiento de Guadalajara tomó, por ejemplo, la decisión de retirar de las calles a los limpiabrisas (porque afean la ciudad y como diría un empresario: "le ven las piernas a las mujeres") mediante el uso de la fuerza policiaca, con la complicidad pasiva de la ciudadanía. En esta perspectiva se filtra la idea de que limpiabrisas, vendedores ambulantes, mendicantes y niños de la calle, en otras palabras los pobres de la ciudad, constituyen no un sino *el* problema de seguridad pública.

En el seguimiento de la nota roja en diferentes medios de comunicación, a lo largo de todo este trayecto de investigación, encontré distintos dispositivos tanto estructurales como simbólicos (Thompson, 1998) a través de los cuales los medios construyen la nota policiaca. De



ello he dado cuenta en otra parte (Reguillo, 2000b), pero quiero rescatar aquí dos elementos que me parecen centrales: la referencia constante a rasgos étnicos de los *presuntos delincuentes* y la asociación causal entre pobreza y violencia. Elementos que contribuyen a fijar en el imaginario un retrato hablado del enemigo interno. El *delito de portación de cara* se ha convertido en justificación de la violencia legítima que se ejerce sobre los más pobres y de los tamaños apocalípticos de una exclusión creciente.

El caso de los migrantes y de los indígenas no es diferente. Parafraseando al diputado Sivuca, cuyo lema de campaña para contender por una diputación en Río de Janeiro, tristemente famoso en todo Brasil, fue "bandido bom é bandido morto", en el caso de los indígenas mexicanos, pese a la transformación del discurso a partir de la irrupción zapatista, el *lema* elevado a rango de sentido común entre muchos mexicanos es el de "¿indígena bueno?, es el que está en el pasado".

La privatización del espacio público, los brutales dispositivos de exclusión operados tanto por las dimensiones estéticas como punitivas de la ciudad, adelgazan el tejido social y trastocan las coordenadas de lo público privado.

"Ganarle terreno a la inseguridad" parece traducirse en la expulsión de las calles de todos aquellos actores y prácticas que devuelven la imagen de pasado que aleja la posibilidad de un futuro promisorio.

En el transcurso de los últimos cinco años, notables apariciones marianas han cambiado, momentáneamente, el aséptico paisaje de la globalización; como molestas esperanzadoras imágenes de un México que se niega a morir, las vírgenes han decidido hacerse visibles en puentes y estaciones del metro de las grandes ciudades, convirtiendo a pasajeros, transeúntes y apresurados viajeros, en improvisados peregrinos, dando a luz a modernos *Juan Diegos* para atestiguar el milagro de las lupitas aparecidas de la nada, trastocando el sentido de lo público y recuperando para los excluidos el sentido de un espacio que los borra. Contra los supuestos tecnócratas y planificadores, a la violencia de la exclusión no siempre se responde con violencia, hay formas múltiples de

ganarle al espacio urbano —al invertir su signo, por ejemplo—, un trozo de *territorio liberado*. En palabras de Martín-Barbero (1994; 21), hay en el proceso de des-territorialización, implicado un proceso de reterritorialización, de recuperación y de resignificación del territorio como espacio vital desde el punto de vista político y cultural.

Los demonios del poder

Si algo caracteriza el complejo, cambiante y crítico momento histórico que estamos viviendo, es quizás la crisis de las instituciones. La “sociedad de riesgo”, como la ha llamado Ulrich Beck (1998), la “sociedad de la información”, como la denomina Manuel Castells (1999) o la “modernidad reflexiva” como la llama Anthony Giddens (1993), es definida principalmente por el abismo profundo que se abre entre las instituciones —pensadas y levantadas por un sistema en extinción— y la subjetividad de los actores sociales.

Pese a la diversidad de planteamientos para la comprensión de los procesos sociales contemporáneos, la tónica común es la de ubicar como una de las problemáticas centrales del cambio de siglo, a la incapacidad institucional para dar juego y respuesta a las transformaciones sociales.

Por ejemplo, la crisis de los partidos políticos que no logran convocar en la medida en que no consiguen (aunque no parecen esforzarse demasiado) representar la diversidad de intereses de una sociedad que se fragmenta y se agrupa en torno a objetos disímiles, ha generado un profundo desencantamiento en los ciudadanos frente a la política formal; todo ello deriva en una crisis de la intermediación social por las vías tradicionales; partidos, sindicatos, organizaciones que pierden *clientela* a pasos agigantados⁶. No solamente se cuestiona su capacidad de *representar intereses*, sino que además no se les vislumbra, en términos generales, como espacios legítimos para impulsar el reconocimiento de las identidades, intereses, grupos que configuran el mapa complejo de nuestras sociedades.

En relación al temor a las violencias y a la violencia misma, en el discurso de los actores sociales ocupa un lugar

privilegiado una desconfianza creciente a los operadores y *garantes* institucionalizados de la seguridad en las ciudades. Policías y políticos asumen en la narrativa social la forma de demonios que, a al amparo de una supuesta legalidad, son percibidos como agentes importantes del deterioro y cómplices de una delincuencia que avanza, incontenible, no solo sobre la institucionalidad, sino sobre ciudadanos y ciudadanas, que experimentan la vida cotidiana como un caos en el que las violencias no son diferenciables.

Personajes que han sido atentados por el perverso poder de una delincuencia cada vez más poderosa o un narcotráfico ubicuo e intocable, seducidos por el poder asociado al dinero o atrapados por el fantasma de una corrupción a la que resulta difícil ubicar, los agentes institucionales de la seguridad en la ciudad pierden credibilidad y se convierten en los enemigos visibles y localizables, que al amparo de la legalidad ejercen, impunemente, la violencia cotidiana y *legítima*.

Desgarrado el lazo que supondría *atados* a los agentes institucionales con los ciudadanos, se genera un *vacío* y una inversión de sentido. La franja que debería ser ocupada por las instituciones de un Estado al que se mira con confianza, es decir, el espacio de contención de difusas y múltiples violencias, es ocupada por actores a los que ya no resulta posible ubicar inequívocamente.

Jugando del lado de la institucionalidad uniformada, la policía, esa que transita por el barrio, que debiera anunciar la presencia del orden y el respiro de alivio que trae la vigilancia y el cuidado de un ente anónimo, y sin embargo, perceptible, que nos envuelve, se ha convertido en motivo de preocupación y temores crecientes.

En las múltiples entrevistas que han ido dando forma a esta investigación, hay una enorme similitud en los modos de representar a la policía: Se trata, coincide la gente, de una figura que se alimenta del conflicto. El policía, el delincuente y el narco, participan de la misma mitología y a menudo son la misma persona, como el misterio de la santísima trinidad, tres personas en una, el policía se ha convertido en encarnación de una violencia temible por *legítima*.

Dueño y señor de las calles, el policía ejerce su dominio en un mundo al re-



vés. En la calle he escuchado decir a madres desesperadas ante un niño llorón, "cállate o te lleva el policía". Versión contemporánea del ancestral *coco* mexicano, el policía se convierte en el espanto para corregir conductas. En una muestra de cien notas periodísticas de prensa nacional tomadas al azar en 1999, 48% de ellas involucraron a algún policía en hechos delictivos: secuestros, torturas, violaciones, narcotráfico, violencia doméstica, corrupción. El panorama resulta desolador. Pero lo que interesa destacar aquí es el sentido de ese "otro construido", su relación con los miedos y sus formas de respuesta en la sociedad urbana.

Cuando la gente ya no puede diferenciar entre las fuerzas del orden y los delincuentes, se rompe el ecosistema de la ciudad, se disloca la brújula que orienta la socialidad, las creencias se fracturan y la ciudad se transforma en escenario de sobrevivencia. Creo que Carlos Monsiváis lo expresa de manera inmejorable. "La violencia urbana la estimula la sensación prevaleciente: es la injusticia la que define la aplicación de la ley. Según la conseja popular, los magistrados y los agentes del Ministerio Público son corruptos casi de por sí, los policías atracan o son venales, los poderosos lo compran todo, la tortura es la traducción cotidiana del Código Penal. El axioma de los que se arman es vibrante: si la justicia es injusta y corrupta, nos toca a nosotros enderezarla; si el gobierno es la más poderosa de las bandas en activo, y es fundamentalmente eso, tenemos derecho a resistir" (Monsiváis, 1999: 37).

Los campos de representación asociados a la figura del político, no difieren del lapidario análisis de Monsiváis. Cuatro son los ejes que organizan la lectura que se hace del político: la mentira, el abuso, la corrupción y la violencia⁷. Si la imagen del poder formal se ha deteriorado de tal manera, es posible suponer, por el conjunto de indicadores a la mano, que para enfrentar la incertidumbre, la vulnerabilidad y el desencanto, la gente está buscando (y encontrando) nuevas fuentes de certidumbre que van de lo mágico-religioso al *armamentismo* y la respuesta individual. Ante el deterioro de las instituciones y de manera particularmente relevante, ante la pérdida de credibilidad de buena parte de los actores institucionales⁸, el conflicto se diversifica y cada grupo social,



desde sus pertenencias culturales y sus anclajes objetivos, va al encuentro del otro, provisto de sus propios temores. Las violencias no están *fuera* de lo social, se construyen y se configuran en el contacto entre diversos grupos.

A manera de conclusión: Reflejos y levedad

He tratado de mostrar a través de dos ámbitos (el mundo de la moral y el mundo del *salvaje*) en los que las violencias urbanas despliegan un rostro difuso y atemorizante, su papel fun-

dante para la socialidad, su estrecha relación en el modo en cómo se experimenta la ciudad amenazada por una alteridad, a la que hay que someter a la domesticación de relatos controlables y, sobre todo, su indisociable vinculación con un tercer ámbito, el mundo del poder.

No es casual el éxito creciente del hoy llamado chamanismo urbano, con todo y su reinención a la carta del mito del salvaje; el boom latinoamericano de la literatura de autoayuda (de *Juventud en Éxtasis* al *Caballero de la Armadura Oxidada*) y sus manuales para bien vivir; las audiencias crecientes de la neoestética de la violencia *inventada* por el *reality show*. En esta perspectiva, tampoco son extraños los brotes cada vez más frecuentes de *fuentes ovejunas*, que prescinden del brazo del comendador, y menos resulta sorprendente, la disputa simbólica entre ciudades de América Latina por conquistar la fama del peor horror.

Transformados en guerreros, los ciudadanos de tercer milenio se aprestan a realizar la profecía autocumplida, en unas ciudades, en un mundo poblado de gorgonas, al que le sobran héroes y víctimas y le faltan ciudadanos.

El siglo XX ha sido el de la gravedad, el del peso de las estructuras, el del período de las instituciones y de los alardes monumentales. Las ciudades levantadas por la modernidad se exhiben como testimonio de lo alcanzado para señalar con su irrefutable peso, el paradójico vacío que las habita. Frente a los satélites y la sofisticada tecnología para dominar la naturaleza, el agua destructora, el clima enloquecido y los rugidos de la tierra nos devuelven la imagen de la vulnerabilidad frente a una avalancha de lodo y de pobreza; a las grandes corpora-

ciones y a los *logros* de la macroeconomía se oponen el empobrecimiento creciente y el temor a sobrar, a no caber, a no estar dentro de los circuitos aceitados por el mercado; al tiempo que se fortalecen las grandes alianzas globalizadoras, los membretes que se acumulan para dar paso a la aldea global (Nata, Mercosur, Unión Europea), se incrementa la fragmentación, las fronteras que separan, de otro modo, a las sociedades; el vértigo de la comunicación y sus ya no tan nuevas tecnologías, dan paso a un nuevo tipo de excluidos, aquellos que no tienen acceso a la información mundo. Y frente a la política y a los precarios procesos de transición democrática, crece el número de incrédulos, un ejército de desesperanzados por el difuso malestar de fin de siglo: el vaciamiento de las instituciones, de las ciudades, de sus estructuras.

La etapa que convencionalmente se ha denominado siglo XXI, demanda abrirle espacio a la levedad, a lo sutil, a lo ligero, no como sinónimos de frivolidad sino como atributo del movimiento y del pensamiento creativo. En sus *Seis Propuestas para el Próximo Milenio*, el escritor Italo Calvino (1998) alude a la imagen de Perseo, aquel héroe mítico de pies alados, el único capaz de vencer a Medusa en tanto logra enfrentar a la Gorgona sin mirarla de frente sino a través de su imagen reflejada en el escudo de bronce, es decir, en un espejo. No mirar al monstruo, a la violencia, sino a través de su reflejo no equivale, a decir de Calvino, a eludir la realidad del mundo, sino a buscar el apoyo de la levedad de las imágenes para sortear el riesgo de petrificación.

Y esta imagen, la de la petrificación, es la que, quizás, interprete con mayor potencia el momento presente. Fascinada o atemorizada por las violencias, la ciudad tiene serias dificultades para observar los reflejos producidos por esa violencia sincopada y caótica, para mirar, en el espejo, en la imagen proyectada de las creaciones políticas y culturales, el reflejo de nuestros propios miedos. A veces, lamentablemente, cuando se logra mirar en el espejo, se le destruye, pensando que al acabar con el reflejo, el monstruo es destruido.

Dicen los marakames (hombres sabios del pueblo wixárika o huichol), que sólo el sueño de lo que ha sido y lo que será, es una guía cierta para traer el futuro. Los más antiguos, los más principales de nosotros, aprendieron a mirar en los reflejos los ecos del presente, para quitarle su carga caótica y fatalista. ○

NOTAS

1. Otro analizador potente de las formas del miedo en la ciudad, en sus vínculos con el tejido social y con el clima creciente de autoritarismo, es el aumento de los grupos policíacos privados. En el lapso de dos años, en Guadalajara, por ejemplo, ciudad en la que la presencia del narcotráfico a partir de la década de los ochenta ha significado un fortalecimiento (y modernización) de la delincuencia organizada y una cada vez más cuestionable capacidad de respuestas del gobierno y de sus fuerzas públicas, las agencias privadas de seguridad aumentaron en casi dos mil personas su número de efectivos altamente entrenados; a la misma velocidad, crecen los contratos privados para potenciales víctimas de secuestro. Aunada a la existencia de estos grupos y de manera complementaria, florece la industria privada de seguridad, a través de la oferta de *paquetes* completos que incluyen no solamente al *vigilante* sino además sofisticados equipos y dispositivos tecnológicos para la autoprotección. La desigualdad también se expresa en el territorio de las violencias, hoy sólo quien puede pagar tiene derecho a una (precaria) tranquilidad.
2. En los informes y reportes, las zonas de alto riesgo siempre están en las periferias o en el centro de la ciudad; en el análisis de los materiales provenientes de la prensa escrita y de los noticieros televisivos, resulta interesante que cuando hechos delictivos tienen su anclaje territorial en zonas de estrato alto, desaparece el énfasis en el territorio y se desplaza hacia otros elementos.
3. Este análisis está sustentado en una encuesta levantada en 1999, como parte del proyecto de investigación "Mitologías urbanas. La construcción social del miedo". Se aplicó a 500 personas bajo tres variables de control, nivel socioeconómico, edad y género. La encuesta indaga la posición sobre la percepción de 16 figuras (obtenidas durante la fase de entrevistas) e introduce una dimensión valorativa que permite contrastar los resultados cuantitativos. Para una primera versión de los materiales de la encuesta ver R. Reguillo: "Los laberintos del miedo" (2000).
4. Datos del Instituto Nacional de Geografía y Estadística, México, 2000.
5. Ver, por ejemplo, José Manuel Valenzuela (1997), Michael Hirschman (1997), Alba Zaluar (1994), Rossana Reguillo (1991) y en el plano de la crónica Alonso Salazar (1990) y José Roberto Duque y Boris Muñoz (1996).
6. Ver, por ejemplo, para el caso europeo el interesante libro compilado por Ulrich Beck: *Hijos de la libertad*. FCE. México, 1997. En este texto, en alguno de los capítulos que lo componen, se hace una referencia constante al distanciamiento de las nuevas generaciones frente a las formas de política formal.
7. En la encuesta, la figura del político es evaluada negativamente en un 54%. Los comentarios sobran.
8. Por ejemplo, no ha dejado de sorprenderme que *los maestros*, como figura articuladora y de respeto, no haya aparecido en el proceso de conversación con los entrevistados y que la única figura explícitamente femenina sea la de la prostituta.



GUERRA Y CRISIS ECONÓMICA: LAS FUENTES NUESTROS DE MIEDOS

Marta Inés Villa Martínez
Luz Amparo Sánchez Medina
Programa de investigación,
Corporación Región



La noche, la peste, la guerra, el fin del mundo, la miseria, han sido, a lo largo de la historia, fuentes de miedo. Pero lo que cada uno de estos fenómenos significa en épocas y contextos específicos, varía. De ahí que el miedo sea no sólo un sentimiento connatural al ser humano sino una construcción social. El miedo es una experiencia individual, socialmente construida y culturalmente compartida¹. Por tanto, preguntas como ¿a qué se le teme?, ¿cómo se construyen los miedos?, ¿cómo se propagan?, ¿quién se apropia de los miedos? ¿quién los controla? ¿cuáles son los caminos de salida —de huida dirán algunos— del país del miedo?, adquieren especificidad social e histórica².

Nuestra pregunta por el miedo tiene que ver con su dimensión social, cultural y política en tanto que indagamos por la manera como se expresan allí sociabilidades, anclajes culturales y formas de control social. El presente artículo es un avance de la investigación coordinada por la mexicana Rossana Reguillo, con el que se busca, en la ciudad de Medellín y Guadalajara, “develar por dónde están pasando las respuestas sociales a la incertidumbre y entender cómo se están (re)definiendo las categorías de exclusión-inclusión social y el papel que el miedo y la esperanza como formas de gestión y control social están jugando en la configuración del orden social”³.

Uno de los niveles analíticos de la investigación tiene que ver con la construcción de las *Atmósferas Culturales Urbanas*. Se trata, en este punto, de dar cuenta de la emergencia de discursos y prácticas relacionadas con la incertidumbre y el miedo y con las respuestas —programas

de acción— que ello suscita. La fuente en esta parte fueron los medios de comunicación, entendidos como espacios decisivos de reconocimiento social y actores de primer orden en la construcción de representaciones sociales en torno a los problemas que nos aquejan —las fuentes del miedo— y sus posibles salidas —los caminos de la esperanza—.

En el medioevo, la predicación en la plaza pública, las representaciones teatrales, los grabados y la imprenta sirvieron como medios de propagación de los miedos⁴. Hoy, estos espacios han sido remplazados por medios tecnológicos pero su función sigue siendo la misma: servir de amplificadores de los miedos y las esperanzas. A través de la radio, la prensa o la televisión, circulan imaginarios y representaciones sobre lo que es peligroso, lo que constituye fuente de amenaza (personajes, espacios, ideas, situaciones) y, al mismo tiempo, ofertas sobre lo que debería hacerse para enfrentar el miedo: propuestas para la protección del alma, el cuerpo y los bienes articulados a respuestas ya probadas en siglos pasados: quedarse quieto, enfrentarlos a través de la acción o huir.

Incertidumbre, desconfianza, miedo, describen la atmósfera del país. La guerra, y dentro de ésta particularmente el secuestro, y la crisis económica, aparecen en los medios como fuentes de miedos y esperanzas que son representados y experimentados de manera simultánea. A ellos se responde desde universos de creencias, símbolos y vínculos sociales, situados históricamente. Etapas posteriores de esta investigación indagarán sobre la construcción social del miedo a través del contacto direc-



to con grupos poblacionales, colocando al centro la vida cotidiana y el relato como formas de acercamiento a la arqueología de los temores y los mitos urbanos. Veamos por ahora la atmósfera construida en los medios en torno a la guerra y la crisis económica.

1. El secuestro: En el meridiano de la guerra

Para Kofi Annan, secretario general de las Naciones Unidas, la guerra y la pobreza son las dos principales amenazas a la posibilidad de que la humanidad pueda vivir en "un mundo libre de temor"⁵. Mirado así, no parece que hayan variado mucho las fuentes de nuestros miedos con respecto a lo descrito por Jean Delumeau entre los siglos XIV y XVI. Pero tal vez, la diferencia radique en que, los caminos recorridos desde entonces por la humanidad ofrecen otros niveles de información y quizás, lo que Rossana Reguillo ha llamado una "desesperanza informada": hoy ya sabemos que el fin de la guerra fría no fue, a pesar de las predicciones, el fin de la guerra. Tan sólo en la década del 90, se calcula que ha habido 61 conflictos —de los cuales sólo tres fueron entre Estados, y el resto, guerra internas— que han cobrado más de 5 millones de vidas. A la amenaza que representan armas de destrucción masiva, se suman enfrentamientos étnicos y religiosos y una serie de conflictos que si bien no se ajustan a las definiciones clásicas de guerras, laceran de igual forma o más, las posibilidades de una convivencia pacífica de la humanidad.

Colombia hace parte de este contexto. Su tasa de criminalidad es una de

las más altas del mundo: 75.9 por cien mil habitantes⁶. En 1999 fueron asesinadas 87 personas cada 24 horas⁷. En Medellín, por su parte, hubo en este mismo año, 4.288 homicidios, lo que quiere decir que mueren de manera violenta 337 personas cada mes⁸.

Estas cifras, escabrosas de por sí, ayudan a entender por qué ya no es posible interpretar la situación que se vive en el país bajo categorías que no sean las de una guerra, no convencional quizás, amorfa, pero con iguales implicaciones o peores tal vez, que las de una guerra considerada convencional⁹. Basta con escuchar por unos instantes los espacios de cualquier noticiero radial, hojear los titulares de prensa y ver las imágenes que sirven de apertura a los noticieros de televisión, para comprobar que hoy la guerra se ha convertido en un eje constitutivo del orden social¹⁰: enfrentamientos, masacres, secuestros, ataques terroristas, son el tema de cada día, de cada conversación; en torno a ella se reconfiguran formas de sociabilidad, usos de la ciudad, propuestas políticas y múltiples respuestas con profundos anclajes culturales.

Pescas milagrosas: la generalización del riesgo

En este contexto de guerra, lo que aparece de manera más visible como representación de caos, abismo, incertidumbre y fuente de miedo y lo que ha generado un mayor número de respuestas de todo orden, no es propiamente la muerte, es el secuestro. En 1999 fueron secuestrados 2.945 personas en Colombia, 538 de ellas en Antioquia —el 18.27%—¹¹.

En el seguimiento realizado a medios, mucho más que los casos indi-

viduales lo que se mostró como un hecho contundente fue la realización de secuestros colectivos y, especialmente, las llamadas *pescas milagrosas*, un nombre bíblico con el que los periodistas bautizaron, en un primer momento, el secuestro de un grupo de personas en época de semana santa y, después, cualquier secuestro colectivo. Aunque en un comienzo los espacios más vulnerables para su realización fueron las carreteras, pronto el espectro se amplió cobijando lugares sagrados, públicos y privados, marítimos y aéreos.

La percepción de que *todos somos secuestrables* se convirtió rápidamente en un lugar común. Bajo esta afirmación, todos estamos igualmente incluidos. No importa si se es rico o pobre, hombre o mujer, niño o adulto, campesino o urbano. Aquí las barreras parecen romperse predominando la idea del riesgo generalizado. Al lado de esta idea encontramos otra según la cual existen personajes que, por su investidura y representación social, comportan un mayor nivel de vulnerabilidad, estos, que si bien todos somos secuestrables, no todos lo somos en igual medida. Como ejemplo de ello está la persecución de sacerdotes y pastores de diversas iglesias, defensores de derechos humanos, extranjeros, periodistas o personas con un determinado patrimonio.

Podemos decir entonces que el secuestro se ha convertido en fuente de miedo en tanto condensa tres de las categorías de amenazas vitales descritas por Norberth Lechner: aquellas que ponen en riesgo la integridad física, las que colocan en riesgo las condiciones materiales de vida y aquellas de más difícil verbalización, conducentes a la angustia (miedo no

identificado), pero igualmente productoras de miedo¹². Efectivamente, ante el evento del secuestro se teme por la vida, por las secuelas físicas y mentales producto de la privación de la libertad y las condiciones en que transcurre el cautiverio, por los efectos emocionales y morales en la persona objeto del secuestro, en los familiares, amigos y allegados y por los efectos económicos en el patrimonio familiar. Esto explica también, en cierta medida, las respuestas que este hecho ha suscitado.

El miedo genera formas de acción

Según Ulrich Beck, mientras que las sociedades de clases se aglutinaban bajo la demanda de la igualdad y de la consigna ¡tengo hambre!, en las sociedades de riesgo, la demanda es de seguridad y la consigna que se proclama, es ¡tengo miedo!¹³. Bajo esta perspectiva, el miedo se convierte en factor aglutinante y generador de una nueva comunidad, la de los amenazados, quienes a su vez generan nuevas formas de acción social. En el caso colombiano podríamos decir que efectivamente en torno al secuestro, se han generado una serie de acciones que de alguna manera responden a dinámicas fraguadas desde diversos anclajes sociales, culturales y políticos, constituyendo dos grandes campos de respuestas: respuestas de acción colectiva y respuestas de autoprotección.

Respuestas de acción colectiva: Vencer el miedo, no a los violentos

Nos referimos a propuestas que tienen un carácter público y colectivo. En este grupo estarían las marchas, las tomas de establecimientos públicos protagonizadas por los familiares de los secuestrados, las campañas

promovidas por los medios de comunicación, la reacción crítica de sectores de la población frente al tratamiento periodístico de hechos de guerra y una serie de acciones promovidas desde la religiosidad como las cadenas de oración. Aquí valdría la pena resaltar varios aspectos:

Uno. La familia como espacio social de gestión de la protesta y la esperanza: Las familias son el principal referente para la negociación de la liberación de los secuestrados ante los grupos armados y los organismos de seguridad. Con su participación en marchas, tomas de iglesias o entidades públicas, han revelado otras subjetividades: Pusieron en el escenario público nombres, rostros y dramas humanos, dando relevancia a socialidades cercanas a través de mensajes como "La familia los espera y a Mary Luz la reclaman en el colegio", "Mario Jaramillo, que tu fe, sabiduría y fortaleza te acompañen siempre. Esperamos tu pronto regreso a casa. Te queremos mucho", "Eduardo Ramírez Jiménez: Te amo".

Además, a través de las familias se ha evidenciado que, a pesar de la generalización del riesgo, éste siempre se enfrenta desde lugares sociales específicos y, sobre todo, desde desigualdades sociales concretas¹⁴. Para las madres de los soldados retenidos por las FARC hace ya casi dos años, "el gobierno no ha mostrado el interés necesario para la liberación porque se trata de hijos de campesinos pobres y no de expresidentes". Así, siendo cierto el efecto igualador del riesgo, también lo es que él arrastra diferencias sociales previamente constituidas.

Dos. Los medios de comunicación: entre héroes y villanos: Una o dos



décadas atrás, la presencia de los medios de comunicación en cualquier movilización de protesta era leída como signo de infiltración y sospecha. Hoy, su presencia es garante del impacto social de la convocatoria, siendo, al mismo tiempo, protagonistas de la generalización del sentimiento de vulnerabilidad y agitadores de respuestas con las que se intenta ofrecer esperanza. Los cubrimientos del terremoto ocurrido en el eje cafetero en 1999, de la entrega de secuestrados de la Iglesia de la María en la ciudad de Cali y del asesinato del periodista Jaime Garzón, pusieron en tela de juicio su responsabilidad ética y colocaron en el debate público el tema del papel de los medios de comunicación en la construcción de paz. Al grado que un grupo de navegantes del espacio virtual se declararon veedores de su acción y propusieron el veto a noticieros considerados agitadores de la guerra. Algunos directores de medios, por su parte, firmaron el “acuerdo por la discreción”, con el fin de “elevar el nivel de calidad y responsabilidad en el cubrimiento y difusión de hechos violentos”. Pero a la vez, el asesinato de Garzón fue visto por la población en general como la prueba de la irracionalidad de la guerra y produjo un conjunto de expresiones y solidaridades frente al gremio, otorgándoles nuevamente el papel de voceros del clamor de paz. Los tres hechos demuestran que la guerra es también una construcción simbólica mediada por imágenes, narrativas, y lenguajes, y en este sentido, los medios juegan un papel protagónico: disputan con otras instituciones de la sociedad, la hegemonía de procesos de socialización y su capacidad de convertirse en escenarios de reconocimiento social.

Tres. La religiosidad: Jesús, la única esperanza: Una porción importante de las acciones sociales desatadas a partir del secuestro y de la guerra en general, dan relevancia a la religiosidad como campo de búsqueda de sentido, trascendencia y orden. En las marchas contra el secuestro y la desaparición forzada, fueron especialmente notorios mensajes provenientes de diferentes adscripciones que ven en Jesús la única esperanza para disminuir la incertidumbre y salir del país del miedo. Tras la imagen de Cristo crucificado, se ven transitar grupos de personas portando mensajes como “Jesús, es tiempo de paz”, “En nombre de Jesús, basta ya”, “Jesús tiene la paz que el mundo no sabe dar”, “la paz no se firma en un papel, La paz está en el corazón. Jesucristo es la respuesta”. En un contexto de guerra, se actualizan las imágenes bíblicas de dolor, pasión y muerte, pero también valores como la unión, la solidaridad y, especialmente, la libertad: “La libertad es el instrumento que puso Dios en las manos del hombre para que realice su destino, no para que otros negocien con ella”.

Además de la presencia masiva en las marchas, desde el púlpito y las emisoras radiales se motiva a la activación de cadenas de oración, con la opción de inscribir en éstas a un pariente o amigo a quien se desea supere los males del cuerpo, de los bienes o del alma: “Si volvemos a Dios, si cambiamos el corazón de piedra por uno sensible al amor y al perdón, si rezamos por las angustias de todos, nos estaremos acercando seguros a la paz que Dios da a los hombres de buena voluntad”¹⁵. Así, a través de las cadenas de oración, se promueve un lugar de pertenencia, un nosotros desde el que se invoca la recuperación de la esperanza.

Respuestas de autoprotección: “la solución está en mí”

En este campo se ubican una serie de respuestas que parten de una cierta generalización de la culpa. Como dice Lechner: “Hoy ya no es el miedo al pecado, pero el principio operante sigue siendo el mismo: agregar al miedo la culpabilidad. Es lo que caracteriza al Estado autoritario: instrumentalizar los miedos de los ciudadanos induciéndolos a sentirse culpables de ellos”¹⁶.

Uno. El positivismo: Gran parte de los discursos con los que se pretende enfrentar la situación de crisis y caos, se encuentran en una oferta difundida en el mundo y promovida de manera importante por las industrias culturales conocida como autoayuda. Desde allí también se movilizan ideas y respuestas a la crisis. El centro de la reflexión es: El problema no está afuera, está en el interior de cada uno; todos somos culpables; cada uno es responsable de lo que vive. El pesimismo es el principal enemigo del éxito y por tanto obstáculo para lograr la paz interior y social. En concordancia con ello, es necesario un cambio de actitud, una actitud positiva ante sí mismo y ante el mundo como requisito para que los problemas del país se puedan solucionar: “Hay que cambiar el concepto de nosotros mismos. Algunos se llaman pobres porque viven confesándose a todos. Otros dicen que son salados. No pueden verse como fracasados... esta noche quebrantemos ese fracaso, digamos que hasta hoy éramos fracasados, y a partir de hoy cambiemos nuestra tristeza en baile”¹⁷. A la confianza en el optimismo se han sumado organizaciones sociales, medios de comunicación

y empresas que interpelan al unísono al individuo y la ciudad. Postobón, una empresa de gaseosas, dice: "Cambia esa cara, tú eres la esperanza de este país. Postobón, los colores y los sabores de la esperanza".

Dos. Los manuales de prevención: Promovidos principalmente por organismos de seguridad del Estado, han circulado en forma de plegable o a través de los medios, manuales que se basan, de un lado, en la difusión de la vulnerabilidad en que se encuentra la población, y de otro, en la responsabilidad individual en la prevención de estas acciones. Además de la elaboración de listados de la *población en riesgo* y de sugerencias específicas para ellos —como cambios de domicilio y contratación de vigilancia privada—, se hacen una serie de recomendaciones a la población en general, con el fin de evitar caer en una de las llamadas *pescas milagrosas*. Así, en caso de viaje, se recomienda entre otras cosas: Trate de no hacer muy público su viaje; si es posible utilice un vehículo diferente, que no sea muy ostentoso; cambie de sitio de descanso; procure estar siempre acompañado; observe qué vehículos lo rodean; desplácese durante el día; llame a reportar su viaje¹⁸. La prevención y la autoprotección tienen como sustento la desconfianza. El desconocimiento del enemigo lleva a su generalización; éste puede estar en cualquier lugar, ser el compañero de ruta o estar en el lugar de llegada. Finalmente, los manuales se convierten no sólo en una forma de prevención sino en un mecanismo de disciplinamiento social.

Tres. La seguridad privada. "¿Si cada uno no se cuida a sí mismo, entonces quién?": La demanda de

seguridad es una de las respuestas más generalizadas ante la incertidumbre. A pesar de que aún se escuchan unas cuantas quejas sobre la desprotección en que se encuentra la población, lo que parece ser un hecho es el paso de la queja a la afirmación: el Estado colombiano no es garante de la protección de la vida, honra y bienes de sus asociados, por tanto, cada uno debe garantizar, por sus propios medios, su seguridad. La Superintendencia de Vigilancia y Seguridad Privada reporta que hoy en Colombia, alrededor de unas 106.000 personas —es decir, casi el mismo número de personas que conforman el ejército nacional— viven de la prestación de estos servicios¹⁹. Para los que no tienen recursos que les permitan la contratación de vigilancia privada, la opción es capacitarse en defensa personal o la compra de un arma. En el mismo sentido, la policía impulsa frentes de seguridad local con los que se pretende involucrar a la población en su propia seguridad a través de mecanismos de comunicación entre los vecinos —los llamados árboles telefónicos— y la instalación de alarmas. Se trata de lo que han llamado "la construcción de una cultura de la seguridad"²⁰.

Cuatro: Quedarse o huir: Parte de la autoprotección, también es evitar salir a ciertos lugares, además evitar la calle en las horas de la noche, vivir en unidades cerradas, reforzar las medidas de seguridad en la casa y, sobre todo, no hablar con extraños²¹. Pero para los que todas estas respuestas resultan insuficientes, está la opción de salir del país. En el transcurso del 99 se reportó en varias oportunidades el aumento de solicitudes de pasaporte: en el primer semestre se expidieron 54.429. Según



las noticias, “la crisis económica, la inseguridad y las posibilidades de trabajo en otras naciones han hecho que se dispare la expedición”²². Así, ahora, como en el medioevo, huir es otra respuesta ya probada: “los ricos no eran los únicos en huir; también los pobres huían... esta evacuación colectiva improvisada y esta afluencia a las puertas de una ciudad que pronto iba a cerrarse adquirirían apariencias de éxodo: muchos partían a la aventura sin saber dónde iban a parar”²³.

Nosotros y los otros, amigos y enemigos

En este contexto de guerra y en particular alrededor del secuestro, es posible leer también una reconfiguración de los vínculos sociales a partir de las figuras de *nosotros* y *los otros*, los amigos y los enemigos. Según lo descrito, lo primero que vincula a un *nosotros* es el hecho de ser potencialmente secuestrables. De allí en adelante se agregan una serie de criterios que consolidan esta referencia por la vía de diferenciarse de un *otros*, que progresivamente va configurando un *otro* tan diferente que se caracteriza finalmente como enemigo.

“Los buenos somos más” decía uno de los mensajes llevados a una de las marchas contra el secuestro. Pero no basta con ser buenos, además hay que ser buenos y activos, como quienes están presentes en la marcha. Para los buenos ausentes hay textos que dicen: “No me duele la maldad de los malos sino la indiferencia de los buenos”, “No me preocupa el accionar de los malos sino el callar de los inocentes”, “No caigamos en la trampa de la indiferencia, de nuestra actitud depende que Colombia no se siga desaparecien-

do”. En las expresiones anteriores es explícita una categoría que ha constituido un ideal cristiano, ser bueno, una categoría amplia y poco discutible en nuestro contexto religioso. Lo novedoso de ese ser buenos, es ser buenos activos y por tanto presentes en la acción. Así, el uso del *NO MÁS* como clave convocante, denotativa de decisión, en principio asociada a la detención del secuestro y de la desaparición, es extendida para decir no más a la indiferencia, colocando a esta actitud en el mismo plano de la fuente del riesgo, es decir de lo que significa amenaza vital. El malo entonces es el indiferente, es sospechoso y motivo de desconfianza e incluso se le reconoce como enemigo. Es como si frente a la incertidumbre se aumentara la exigencia de alguna certeza y en este caso la certeza de la consecuencia de los buenos.

A otro nivel, por parte de los grupos armados existe una condena hacia quien políticamente se declara neutral, hacia quien no es decididamente militante de uno u otro bando. El neutral se constituye hoy en un enemigo, la polarización de las fuerzas no admite matices, indiferencia ni neutralidad.

Delimitado el campo del *nosotros* por la argumentación del ser buenos y activos, diferenciándose de los buenos e indiferentes y del silencio de los inocentes, se delimita el *nosotros* en oposición a *otros*, LOS VIOLENTOS. “Los violentos de hoy serán los violentos del mañana”. Cuando se dice violentos, para unos se hace referencia exclusivamente a los grupos armados, y para otros, se incluye a quienes generan violencia a partir de la desigualdad económica. En una de las marchas contra el secuestro, para el primer caso, se hicieron referen-

cias explícitas como: “ELN, FARC, si no saben para dónde van, NO MÁS”, “Por un país libre, fuera las FARC”, “La guerrilla colombiana es un fraude”. Para el segundo caso, la categoría se amplía hacia otros sectores y otras formas de violencia: “Ni la violencia política ni la violencia económica”, “No más políticos, funcionarios, militares corruptos”, “Hermanos paras, guerrillos, corruptos de cuello blanco, NO MÁS”, “No más violencia laboral”.

Después de este recorrido, podemos decir que si bien es cierto que una de los efectos de la guerra es la desestructuración del tejido social y de los elementos que conforman la cotidianidad, es evidente que, en nuestro caso, también tiene lugar la emergencia de nuevas dinámicas que volcándose mucho más al mundo de lo social que al mundo de lo político, intentan, a través de diferentes caminos, salir del país del miedo.

2. La crisis económica

Se nos ha localizado la crisis como un mal ampliamente compartido. De la ciudad de Guadalajara dice Rossana Reguillo: “Es indudable que la palabra crisis está presente y domina no sólo los grandes discursos económicos, políticos y sociales. Como humedad, ésta palabra penetra los discursos cotidianos y reelabora las representaciones de la vida. Basta escuchar las conversaciones en los mercados, en la plaza, en los cafés, para captar los múltiples nombres de la crisis y los diversos asuntos que ella nombra”²⁴. En Medellín, la palabra crisis remite a múltiples acontecimientos que modifican la vida cotidiana, haciendo que en muchos casos, se viva como si hubiera que inventarse la vida cada día.

¿Cómo se representa socialmente la crisis económica?

La prensa escrita, los noticieros de radio y televisión y las revistas, han sido abundantes en afirmaciones como: “Confecciones hilando delgado”, “Panorama sombrío en las finanzas regionales”, “Empleo sin asidero”, “El comercio sigue su calvario”, “Los transportadores asfixiados de tanto peso”, “La inflación en alza”²⁵.

En 1999, el termómetro marcó mes a mes las condiciones de lo que al final se llamó *la crisis*; no era necesario agregar más para asumir que se trataba de la crisis económica y los hechos marcantes de ésta, la recesión y el desempleo. Lo que en el mes de enero se veía como una tendencia preocupante, en marzo se confirmó como realidad aplastante: “Ya estamos en recesión dice la Asociación Nacional de Industriales –Andi–”. Rápidamente se precipitaron otras cifras que evidenciaban el mismo presente para diversos sectores productivos del departamento. En abril, Medellín tomó el rostro de persona desempleada; se la encontró ocupando el primer lugar en las cifras del desempleo en el país. Bajo el titular “Medellín busca empleo” se describe la situación: “En Colombia hay 1’334.693 personas con capacidad y en edad de trabajar que no encuentran ocupación, de éstas, 287.492 viven en Medellín, la ciudad que registró, según el Dane, el mayor número de desempleo a marzo de 1999”²⁶.

En este clima, se dan respuestas anticipadas ante la convicción de que el mal se acerca. “En las empresas están recortando el personal y aunque uno sienta relativa estabilidad, la pregunta no se escapa: ¿Cuándo

nos tocará el turno? No nos vamos porque no tengamos trabajo, pero corremos el riesgo”²⁷. En este caso se huye del trabajo y se huye del país como medida de protección, al considerar que, inexorablemente, tarde o temprano se convertirá en cesante.

No obstante, en la era de la información, la principal cuestión laboral no está en el fin del trabajo sino en las condiciones de los trabajadores. Según los datos del Departamento Administrativo Nacional de Estadística –Dane–, para sobrevivir, una familia necesita tres salarios mínimos. Sin embargo, el 80% de los colombianos que tienen trabajo, ganan menos de dos salarios mínimos. De otra parte, “La recomposición del mercado laboral ha generado una estructura del mercado de empleo bastante precaria, en la cual de cada 100 colombianos, 56 están en la informalidad, 18 son trabajadores temporales, 13 están en el desempleo y solamente 13 cuentan con un empleo estable”²⁸.

Una carta al director del diario El Colombiano que dice: “Upac, arroz, papa, pérdida de vivienda, han llevado al suicidio a muchos colombianos”²⁹ y un titular del mismo diario, “la salud en cuidados intensivos”, evidencian que la crisis es percibida como una amenaza vital sobre la subsistencia, el cuerpo, la morada. Adicional al testimonio que evidenciaba la huida del trabajo y del país, aquí se hace referencia a la huida incluso de la vida. Entonces, la crisis económica en Medellín también llegó a asimilarse a muerte.

Para corregir los desequilibrios provocados por la apertura económica, “se implementaron medidas monetaristas –elevación de tasas de interés– y políticas fiscales restrictivas –



severo recorte del gasto público y aumentos de la carga tributaria— que ocasionaron una caída de la inversión privada y precipitaron la economía al colapso”³⁰. Particularmente los impuestos provocaron rabia y se señaló entonces que esto también era violencia e injusticia. La crisis es un término polisémico que progresivamente se va cargando de múltiples sentidos, más adelante se la encontrará también asociada a oportunidad.

El año de 1999 corrió entre la sensación de pérdida progresiva, de despojo, de crisis, de colapso y un optimismo moderado de parte de algunos sectores económicos que reaccionaron ante pálidas señales de una reactivación económica.

¿Cómo se vive la crisis?

Con la presente crisis aumenta la polarización y entonces los efectos se extienden sobre mayores sectores de la población, obligando al descenso inexorable del nivel de vida de lo que hemos llamado la clase media. Son muchas las historias de personas para las que su profesión dejó de ser un mecanismo de reconocimiento social e identidad, para pasar a desempeñar cualquier oficio o engrosar la lista de ocupados en actividades de tipo informal. Con lo anterior, la crisis también pega en el corazón, en la risa y en los sueños. Severos recortes son obligados en las rutinas del placer, los diálogos y los afectos se ven interrumpidos o envueltos en la sobrevivencia. Aquí es fácil recordar a Lechner cuando afirma “la preocupación por sobrevivir impide vivir”³¹.

“La crisis económica sacude el corazón de la familia”³². Los impactos del

proceso de exclusión social se pueden leer con nitidez en este lugar de la intimidad. En general, ante nuevos tiempos y nuevas crisis, nuevas rutinas. La prensa escrita a través de titulares como “Así vive Pedro con el mínimo”³³, “Se adelgazó el mercado”, “Paladar flexible”, “Recesión hasta en la sopa”, “Hijos pródigos por cuenta de la crisis”, “Amor con hambre no dura”, “Los nuevos pobres”, “La crisis toca a la puerta de la clase media”, “Se acaban los juernes”³⁴, señala las principales estrategias para no continuar el descenso por el tobogán de la pobreza, aunque cada vez es más difícil evitarlo.

“La cotidianidad es ante todo la organización día tras día de la vida individual de los hombres, la reiteración de sus actividades vitales se fija en la repetición de cada día, es la distribución diaria del tiempo y del ritmo en que se desenvuelve la historia de cada cual”³⁵. El orden de las actividades vitales es el que se ve más trastocado por efectos de la crisis económica. Los hábitos alimenticios ya no son los mismos al tenerse que comprar estrictamente lo necesario, adquirir productos de menor calidad y restarle a aquellos de mayor contenido nutricional. Dicen las encuestas que en primer lugar se deja de comprar la carne y en quinto lugar, los lácteos. Para que rinda más el dinero se prefieren los bienes de cosecha y se cambian los lugares habituales de compras por las plazas de mercado³⁶.

Es reconocido hoy en la geografía de los excluidos que la familia es el grupo social más afectado. Según el informe *Un mundo en proceso de urbanización*, “se ha encontrado que los hogares pobres no son pasivos y es necesario considerar cómo responden a cambios que surgen en los

programas de ajuste estructural. Evidencia de ciudades tan diversas como Manila, Dar es Salaam, Guayaquil, Ciudad de México y Guadalajara indica que los hogares modificaron sus patrones dietéticos de consumo y ajustaron sus gastos hogareños, en muchos casos en la dirección de sustitutos más baratos y menos nutritivos”³⁷. Esta respuesta coincide con las restricciones que han sido reveladas por la prensa para el caso de Medellín y permite pensar en la existencia de otras respuestas comunes.

Se conforman familias extensas de emergencia como resultado de los movimientos obligados de parte de hombres y mujeres que viven solos y que ante la pérdida del empleo o la caída de sus ingresos inician el camino de retorno a la casa paterna. Igualmente ocurre con las parejas que regresan con sus hijos a la casa de los padres, resolviendo así el problema económico pero generando repercusiones que afectan la independencia, el desempeño de roles y el afecto. “Los padres regresan a sus casas paternas en calidad de hijos y sus hijos tienen que someterse a las normas de autoridad de los abuelos que funcionan bajo modelos tradicionales”³⁸.

La convivencia no se está ejercitando a plenitud: “Las relaciones familiares no se disfrutan. El diálogo y la afectividad son reemplazados por la búsqueda del diario subsistir”. En el caso del desempleo masculino, y al no concebirse aún en el imaginario colectivo la indiferenciación de roles, se generan insatisfacciones y una permanente confrontación con el poder, la autonomía y la independencia de cada uno de los miembros de la pareja, provocando violencia intrafamiliar. Adicionalmente “para el

hombre es de difícil aceptación porque su condición cultural de proveedor, en la que basaba su autoridad, queda debilitada y su función paterna cuestionada³⁹. Aunque el desempleo afecta más a las mujeres que a los hombres, la tasa de ocupación demuestra que ellas están incursionando más en el ámbito laboral, con la desventaja de que una gran parte de las mujeres que salen a trabajar lo hacen en el sector informal o en oficios de poca calificación y con baja remuneración.

“Ya no se puede seguir con el mismo tren de vida”: En Colombia, como en muchos países, por efecto de los programas de ajuste estructural, han aparecido *los nuevos pobres*, personas que han visto progresivamente disminuido su poder adquisitivo y muchos que han perdido su empleo relativamente estable, sin quedar cobijados por sistemas de seguridad o bienestar social. Es encontrarse de pronto con el drama que supone seguir siendo el mismo sin ser el mismo. Aquí empiezan entonces una serie de restricciones como la disminución de desplazamientos que tienen por objeto la recreación o el descanso, menos consumo de alimentos preparados por fuera del hogar, despojo progresivo de objetos propios del posicionamiento social o considerados suntuosos, cambio de lugar de residencia, mora en los pagos de pensión escolar o cambio de colegios privados a públicos.

Trabajar más y divertirse menos se va volviendo común a diferentes sectores de clase, como una manera de proteger sus ingresos. Esa rutina regulada biológica, social y culturalmente de la semana y fin de semana, se ve alterada por el *rebusque*, es decir, actividades complementarias de tipo informal. Jean Delumeau se pre-

guntaba en su obra *Miedo en Occidente*, ¿Cómo ponderar en los pobres, la angustia por la deuda? Además, en nuestro caso, cabría preguntarse ¿Cómo ponderar en la golpeada clase media, eso que llaman “sostener la dignidad”, en un tiempo de exclusión social? Las respuestas muestran esfuerzos desmedidos para sostenerse y para seguir apareciendo como antes. Pero también hay respuestas con efectos como ese de reconocerse diferente e incluso llegar a decir, después de iniciar nuevas prácticas acordes a la situación, “ya no me da vergüenza”.

Con la crisis se registran **cambios en la autopercepción, pero también se percibe diferente a los otros**. Los que siempre han estado *mal* y no los acompaña el sentimiento de vergüenza, encuentran que los que estaban *bien* descienden igualándose por la pérdida, constatando así la situación de desmejoramiento generalizado. Es jugar a nuevos personajes, a nuevos roles, a nuevas vidas, pero también a resistencias. La respuesta al cada día está determinada por la historia propia, la situación socio-económica y por el capital simbólico, particular y global disponible.

“La percepción del presente como transición motiva a una conducta abnegada y de sacrificio”⁴⁰, no de otra manera se podría entender en el campo de las respuestas, las abundantes privaciones y disposición a jugar papeles nunca antes imaginados. Se puede pensar aquí en la potencialidad de frases como “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”, o “lo último que se pierde es la esperanza”. El presente llama el pasado que requiere y estos pensamientos bien pueden funcionar como recursos que contribuyen a una certeza necesaria para persistir.



Hasta aquí se han visto los cambios y restricciones en el modo de vida, pero también se construyen iniciativas en las cuales la familia opera como una unidad productiva, se validan los saberes de los mayores y se cumplen otros roles. El vértigo que produce la ruptura con la continuidad, y por tanto con la seguridad, si bien segrega el miedo, también da paso a la inventiva de fórmulas, incluso las más arriesgadas.

La crisis aparece asociada a caída, asfixia, borde del precipicio, huida, muerte. Teniendo en cuenta estas percepciones, sólo es comprensible la continuidad en tanto "si la existencia perdura es porque, en general, los hombres la prefieren a la muerte"⁴¹. Se trata de una sabiduría en cierto modo inconsciente, que permite superar las modulaciones históricas o sociales a partir de mecanismos como la ayuda mutua, las tendencias y concreciones grupales. Respecto a "ese saber de fuente segura", dice categóricamente Maffesoli: "Es ésta una entidad un tanto mística; pero sólo de esa manera nos puede permitir explicar el hecho de que, a pesar y a través de las carnicerías y las guerras, de las migraciones y desapariciones, de los esplendores y las decadencias, el animal humano siga prosperando"⁴².

¿Cómo se responde socialmente a la crisis?

En el conjunto de respuestas que caracterizaron la atmósfera de la ciudad, se destacaron aquellas que potenciaron una actitud positiva frente a la crisis, las que fortalecieron los valores propios de la tradición antioqueña y aquellas que manipularon las fuerzas de atracción de la fortuna y disolución de las fuerzas negativas. En los tres casos, el propósito

era el mismo, asegurarse certezas sobre el futuro próximo.

Adivinos del pasado: Los medios de comunicación local vuelven visibles un conjunto de respuestas a la crisis socioeconómica, pero puede afirmarse que no todas están en las mismas condiciones para expandirse y entregar su oferta. En este caso fueron predominantes aquellas que tuvieron por anclaje a las autoridades espirituales, institucionales a nivel gubernamental, a la empresa privada y a los medios de comunicación.

"Todo será como usted quiere que sea": Esta campaña promovida por la alcaldía de Medellín, 19 empresas del sector privado y los medios de comunicación, emerge sobre un ambiente de amenazas vitales donde ha crecido la incertidumbre, entendida ésta, a la manera de Lechner, como la conciencia de las discontinuidades entre el futuro actual y el presente venidero, agudizado por la atmósfera del fin de siglo. A partir de la demanda de futuro, la campaña elimina la pregunta por éste y crea un ambiente en el que hay que responder a ¿Cómo será el futuro? Girar en torno a cómo será está suponiendo ya su existencia. La respuesta constituye el lema de la campaña: *Todo será como usted quiere que sea*.

Con la campaña se pone en circulación una caracterización de la crisis, unas causas de la misma y un camino de salida. "El caos en que vive el país es el resultado de una pérdida generalizada de los valores esenciales de la condición humana... para salvarnos del naufragio no hay otro camino que recuperar esos valores, es decir, revivirlos, replantearlos"⁴³. En este caso se actúa con la convicción de que "al comienzo de todas las

cosas se encuentra aquello que es lo más precioso y esencial, se desea creer que en sus comienzos las cosas estaban en su perfección, que salieron rutilantes de la mano del creador o de la luz sin sombra del primer amanecer"⁴⁴. Pero esto no es más que una ilusión, "lo que se encuentra al comienzo histórico de las cosas no es la identidad aún preservada del origen, es la discordia de las otras cosas, es el disparate"⁴⁵.

Los promotores de la campaña *Todo será como usted quiere que sea*, tienen por objetivo cambiar la actitud de los antioqueños. Alcanzar una actitud positiva frente a la crisis, ver en los obstáculos un reto y en la crisis, una oportunidad. Cada empresa participante elabora unos *slogans* que objetivan dos propósitos: primero, localizar la responsabilidad del ahora y del futuro, el color de la vida y la armonía social, en *cada uno*. Segundo, hacer una pauta publicitaria de la oferta de cada empresa en particular. Así por ejemplo, el periódico El Colombiano pregona: "Pesimismo. Optimismo. ¡De todos depende! La próxima noticia será como usted quiere que sea. Día a día, lea El Colombiano". Ascensores Andino promueve: "Póngase metas altas. Sus logros serán como usted quiere que sean".

Con esta campaña queda en evidencia la fuente que alimenta a sectores importantes del poder económico y político de la ciudad. La oferta global de la autoayuda es apropiada para desde ella presentar una alternativa, su eficacia está en interpelar al sujeto, en entregar fórmulas que reducen la complejidad de los asuntos y en apelar a elementos emotivos estimulando los ejemplos de superación, entregando claves de éxito. En el campo económico la exaltación de

una actitud positiva se traduce en declaraciones de cansancio ante el pesimismo, tal como lo expresaron dirigentes de Fenalco, para quienes un cambio de actitud es condición necesaria para la superación de la crisis. Así se difundió por los medios de comunicación: Hasta el mismo comercio, golpeado como el que más por el retroceso económico, se declara cansado de tanto pesimismo. El semestre fue malo pero no tiene sentido quedarnos allí. Hay que pensar en lo que sigue. A las microempresas se les recomienda especialmente "innovar, ser creativos y tercicos". A las empresas se les ofrecen paquetes de conferencias que van desde el crecimiento personal hasta el poder de las creencias y los valores que ayudan a "convertir imposibles en posibles".

Existe una variante bastante importante que tiene su potencia en apelar a un lugar de pertenencia desde el cual se activa un *nosotros*. Se trata de una respuesta que **convierte la crisis en oportunidad para la reactualización del mito paisa**. Desde esta visión, el énfasis está en los vínculos regionales y el ethos cultural. Opera igualmente jugando un doble movimiento, una visita al pasado para traer los valores de la tradición regional y una promesa de llegada victoriosa al futuro, coexistiendo así dos imágenes míticas del tiempo señaladas por Lechner, la idea de un tiempo cíclico y la idea de una evolución lineal; la primera que plantea la recuperación de un mundo verdadero aún al precio de sacrificar el presente y la segunda iluminada por la idea de progreso.

Para vincular y unir lo inatible se plantea la consigna de "hacer de Antioquia la mejor esquina de América". Para el efecto, se adivina en el pasado de la cuna paisa, que el valor más

eficaz en el tiempo de vacío, es el de *la pujanza* y desde éste valor, se asegura la persistencia en el propósito planteado a futuro. La eficacia de ésta se manifestó en las cartas al director del diario El Colombiano en las cuales se asume desde ya como un hecho presente que Antioquia sobresale en América: "Cómo estás de bonita Medellín. Ya eres el soporte horizontal de Antioquia, la virtual esquina de América del siglo XXI"⁴⁶, y en otra, "Se nota el cambio. Me alegra la misión de Antioquia, de ser la mejor esquina de América"⁴⁷, en Teleantioquia, canal de televisión regional, se dice: "Somos una *región próspera* hacia un nuevo amanecer", "Teleantioquia mostrando siempre la naturaleza del antioqueño. Los antioqueños somos una raza pujante"⁴⁸.

En este contexto, el reconocerse paisa parece equivalente a gozar de una ventaja relativa frente a la crisis, de hecho se presenta de manera reiterativa la idea de que "la crisis es menos dura con los paisas". Además del sentido de pertenencia a la región y de los valores de la tradición, que explícitamente se estimulan a través de los medios de comunicación, se posibilita una inclusión en un *nosotros* que marcha triunfante hacia un futuro de grandeza. Este propósito cultivado en un ambiente en el cual se parte de que *todo será como usted quiere que sea*, produce afirmaciones que asumen el sueño como una realización cumplida.

Una consecuencia se deriva de esta concepción iluminadora de respuesta a la crisis: se trata de una actitud abnegada y de sacrificio, la cual se asume cuando se sabe que la caída no es definitiva. En este caso incluso la vida de sacrificio es dulce porque se experimenta como un paso a una vida que superará el presente.



La promesa de un futuro en el cual Antioquia será la mejor esquina de América, y el estar incluido por ser antioqueño, brinda las posibilidades de disfrutar las bondades de dicho posicionamiento. Se ofrece un paradigma similar a aquel proveniente de la religión católica, según el cual la vida terrenal es un tránsito de pruebas y dolor para merecer la gloria de la vida eterna. Existe entonces la disposición a vivir una felicidad aplazada. Quiere decir que la oferta de futuro, y de futuro prometedor, puede ser fácilmente articulada por dos condiciones previas: la primera por una adscripción religiosa y la segunda por compartir la tierra y la cultura de origen.

Adlinos del futuro

Desde otros campos encontramos un conjunto de respuestas que, o bien subvaloran la dimensión de la crisis apresurándose con una oferta de futuro, o bien la descontextualizan ubicando como única causa de ella al individuo y su entorno inmediato. A menor continuidad, mayor impotencia y entonces aumenta la demanda de objetos y prácticas que permiten tejer certezas. Si no es la acción humana o la voluntad divina las que compensan la situación de indefensión que cotidianamente se experimenta, entonces será el conocimiento y control sobre las fuerzas del bien y del mal los que garanticen beneficios sobre el alma, el cuerpo y los bienes. Las prácticas mágico-esotéricas tejen certezas a partir de intervenciones dirigidas a superar la adversidad, prever el futuro y defenderse de las fuerzas malignas.

A través de catorce programas radiales de carácter mágico-esotérico, escuchados en 1999, circularon las variantes de un discurso orientador

que opera identificando en cada caso las causas de los problemas, señalando los enemigos e indicando los caminos de salida. Ante las principales demandas de los oyentes, conocer las causas y transformar el estado prolongado de malestar por falta de empleo y la imposibilidad de conseguirlo, deterioro de la salud, ruptura de vínculos afectivos, se diagnostica un estado de *bloqueo* o estancamiento por efecto de un maleficio, que no le permitirá avanzar hasta no disolver las fuerzas del mal, siempre impuestas por alguien cercano. Las sospechas y desconfianzas primeras son localizadas en el universo social más inmediato.

A continuación se identifica al enemigo y se orienta el uso de contras o amuletos los cuales actúan como “recipientes de acción contraofensiva mágica que a su vez son depósitos de acción médica en su expresión más exacta y actúan a la manera de droga que combate las causas de la enfermedad o cualquier otra situación”⁴⁹. Algunos programas radiales tenían por fin testimoniar acerca de la eficacia de estos objetos en el logro del bienestar esperado.

En relación con la crisis económica se ofreció de manera especial la atracción de la prosperidad a través de rituales y objetos propiciatorios de la abundancia y la fortuna, la entrega del número de la suerte y recomendaciones relativas a la importancia de una actitud positiva, el valor de vivir, la invitación a no sufrir en silencio y la entrega de confianza desde la escucha y los consejos a los oyentes.

En la atmósfera de fin de siglo circularon también por estos canales interpretaciones que dejaron ver el predominio de la incertidumbre: “No

podemos vivir muertos de miedo, hay que tener algo que nos ayude a protegernos, hay cosas muy raras y hay que tener cuidado porque estamos entrando en el siglo XXI donde habrá cosas peores”.

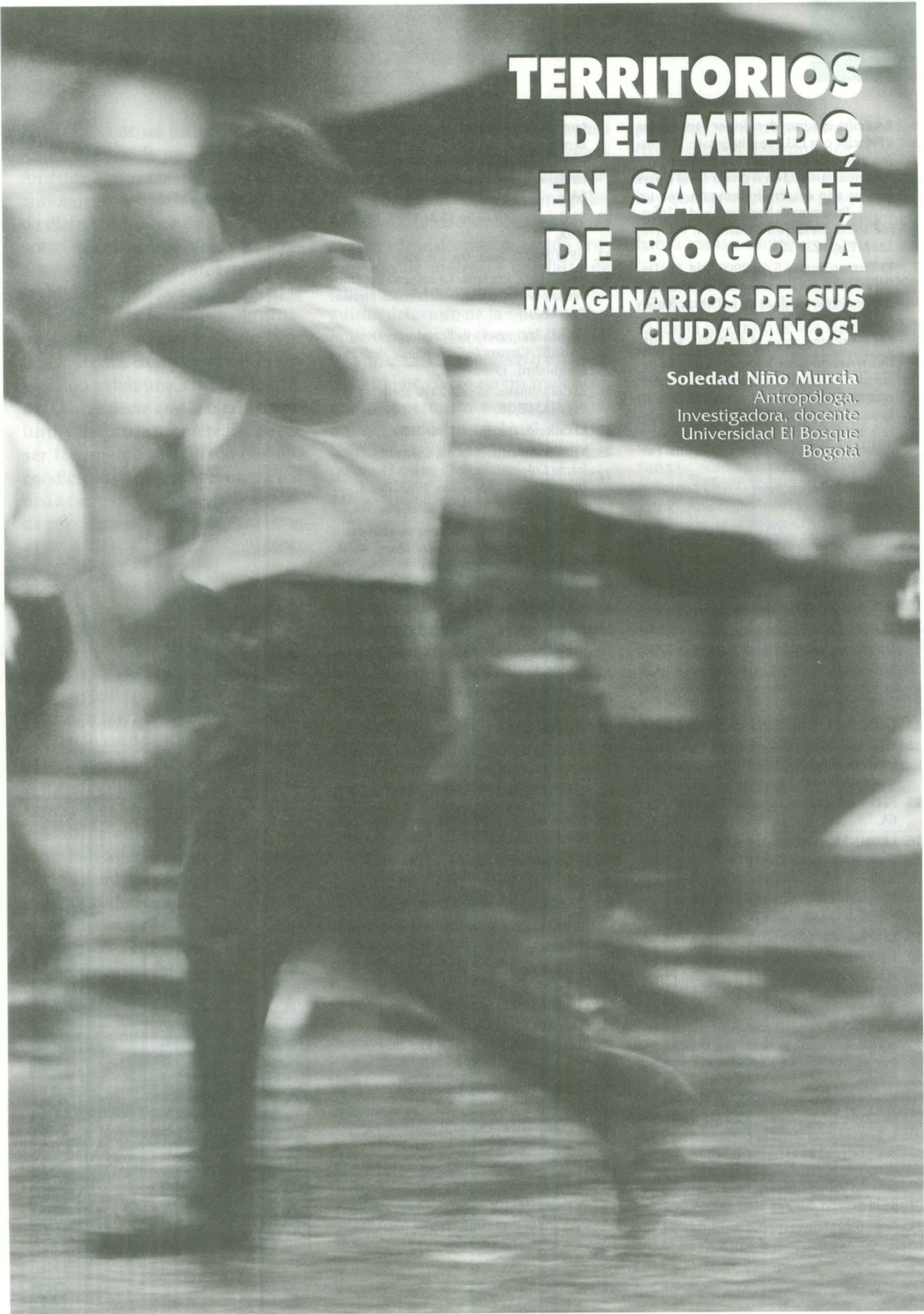
Para terminar, podemos decir que los miedos propios de la crisis económica, de la guerra y de los tiempos del fin, incentivaron incertidumbres y demanda de certezas. Las respuestas han sido propiciadas desde muy diferentes lugares, pero aquí no se agota la construcción social de esperanzas, sólo se han señalado las que fueron especialmente visibles en los medios de comunicación. Respuestas que encontraron su potencia en la activación del ingenio y la inventiva puestos a prueba desde y a través de la vida cotidiana, el rebusque, nuevas socialidades, la fuente religiosa, la actitud positiva, la vuelta a valores de la tradición regional y cultural, y el control de las fuerzas del bien y del mal, todos en la búsqueda de asegurar la continuidad y de alcanzar certezas sobre el futuro. ●

NOTAS

1. REGUILLO, Rossana. Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo. En: Revista de Estudios Sociales No. 5 Facultad de Ciencias Sociales Uniandes, Fundación Social. Bogotá, enero del 2000, pág. 65
2. DUBY, Georges. Por ejemplo, encuentra en la comparación de los miedos que experimentan los hombres del año mil y el año dos mil, una posibilidad para comprender y “encontrar con mayor lucidez los peligros de hoy”. Duby Georges. Año 1000, año 2000. Las huellas de nuestros miedos. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995.
3. REGUILLO, Rossana. Mitologías Urbanas: la construcción social del miedo. Departamento de Estudios Socioculturales. Iteso, Guadalupe.
4. DELUMEAU, Jean. El miedo en Occidente. Tauros, Madrid, 1989. Pág. 328.
5. Un mundo libre de temor. Discurso de K. Annan, presentado a Naciones Unidas como convocatoria a la asamblea del milenio.

6. Esta cifra es superada sólo por Santo Tomé y Príncipe con 133,7, que hace parte del mismo grupo de desarrollo humano medio y Bahamas, que está en el grupo de los países con un alto desarrollo humano, con un 85,5%. Programa de Naciones Unidas. Informe sobre Desarrollo Humano. Madrid, 1999. Págs. 221-224.
7. El Tiempo, marzo 5 del 2000. Pág. 6A: Datos presentados por el Centro de Investigaciones Criminológicas de la Policía Nacional.
8. El Colombiano, mayo 14 del 2000. Pág. 10A.
9. Una reflexión sobre las limitaciones de parámetros clásicos para el análisis de las guerras contemporáneas, véase en: WALDMAN, Peter y REINARES, Fernando. (compiladores). Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos en Europa y América Latina. Paidós, Barcelona, 1999.
10. Para María Teresa Uribe se trata del tránsito de una guerra como estado a una guerra como acción. "La guerra se erige como estructurante del orden social entendiendo por éste no sólo la vida institucional sino las relaciones sociales y la vida cotidiana" En: Las dinámicas bélicas en la Colombia de hoy. Mimeo, Medellín, febrero de 1998.
11. Boletín de Prensa. Fundación País Libre. Datos con corte a 31 de diciembre de 1999.
12. LECHNER, Norbert. Los patios interiores de la democracia. Flacso, Santiago de Chile, 1988, Pág. 95.
13. BECK, Ulrich. Op. Cit, Págs. 53-56.
14. "Hay una fuerza de atracción sistemática entre la pobreza y los riesgos extremos", dirá Ulrich Beck, Ibid, Pág. 47.
15. El Colombiano, septiembre 27 de 1999. Pág. 6A.
16. LECHNER, Norbert. Los patios Interiores de la democracia. Flacso, Santiago de Chile, 1988. Págs. 103-104.
17. Programa radial Abriendo Caminos. Emisora Voz de la Raza, 1.200 AM. Medellín, 1999.
18. El Colombiano, febrero 10 de 1999. Pág. 3A
19. Información suministrada por la Supertendencia de Vigilancia y Seguridad Privada. Se calcula que este dato corresponde sólo al 80% de compañías legalmente registradas -3.593 a nivel nacional- que han reportado personal. Es de esperarse entonces que el número de personas sea mucho mayor.
20. Según informe de la Policía Metropolitana, en 1999 estaban conformados 322 frentes de seguridad, 233 alarmas comunitarias y 13 promociones de escuelas de seguridad con participación ciudadana. Policía Metropolitana del Valle de Aburrá. Informe ejecutivo de la gestión durante 1999.
21. Según encuesta del periódico El Tiempo, en los últimos tres años el 65,4% de los habitantes han reforzado la seguridad de la puerta principal de su vivienda, 53,8% han puesto rejas en las ventanas, y el 81% evitan hablar con extraños. Marzo 5 del 2000. Pág. 6A.
22. El Colombiano, julio 13 de 1999. Págs. 1A -10A.
23. DELUMEAU, Jean. Op. Cit. Pág. 176.
24. REGUILLO, Rossana. La comezón posmoderna o el pensamiento de la crisis. Mimeo. Pág. 40.
25. Revista Antioqueña de Economía y Desarrollo No 57. Cámara de Comercio de Medellín, Enero-abril, 1999.
26. El Colombiano. Sábado 24 de abril de 1999. Pág. 1A, 1B,3B.
27. El Colombiano, mayo 19 de 1999. Pág. 10A.
28. YEPES, Alberto. Informe Colombia. Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo, 1998. Pág.4.
29. El Colombiano, mayo 7, 1999. Pág. 6A.
30. YEPES, Alberto. Cinco años de retrocesos continuos. En: Control ciudadano No. 4. Montevideo. Uruguay, 2000.
31. LECHNER, Norbert. Op Cit., pág.106.
32. El Colombiano, junio 13 1999. Pág. 6A.
33. El Colombiano, mayo 9 de 1999. Pág. 1B.
34. El colombiano, Junio 13 de 1999. Pág. 8A.
35. KOSIK, Karol. Citado por: Torres C., Alfonso y otros. Los otros también cuentan. Dimensión Educativa. Bogotá. Sf. Pág. 102.
36. El Colombiano, junio 13 de 1999. Pág. 6A.
37. Centro de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (Hábitat). Un Mundo en proceso de urbanización. Informe mundial sobre asentamientos humanos 1996. Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1996. Pág. 246.
38. El Colombiano, mayo 6 de 1999. Pág. 2B.
39. Ibid,
40. LECHNER, Norbert. Op. Cit, Pág. 62.
41. DURKHEIM, Emile. Citado por Maffesoli, Michel. El tiempo de las tribus urbanas. Editorial Icaria, Barcelona, 1990. Pág. 69.
42. Ibid. Pág. 75
43. El Colombiano, agosto 29 de 1999. Pág. 5A.
44. FOUCAULT, Michel. Microfísica del poder. Endymión. Madrid, 1991. Pág.10.
45. Ibid., pág. 10.
46. El Colombiano. Cartas al director. Septiembre 28 de 1999. Pág. 6A.
47. El Colombiano. Cartas al director. Junio 9 de 1999. Pág. 6A.
48. Teleantioquia. Septiembre 8 de 1999.
49. GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Medicina Tradicional de Colombia. Magia, religión y curanderismo. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1985. P. 67.





TERRITORIOS DEL MIEDO EN SANTAFÉ DE BOGOTÁ

IMAGINARIOS DE SUS CIUDADANOS¹

Soledad Niño Murcia
Antropóloga.
Investigadora, docente
Universidad El Bosque
Bogotá

Es común oír, dentro y fuera de la ciudad, que Bogotá es una de las ciudades más miedosas, peligrosas y violentas del mundo, y que Colombia ostenta el título de ser el país más violento del hemisferio occidental², por lo que este estudio indagó cuál era la percepción de los habitantes de esta ciudad acerca de la primera afirmación y el resultado fue el siguiente:

Al 73% Bogotá sí les produce miedo, aunque el 15% de esta proporción especificó que no toda la ciudad sino el algunas partes y a determinadas horas; en cambio al 27% restante la ciudad no les produce miedo y la reconocen más bien como un lugar lleno de posibilidades para el trabajo, el estudio y la búsqueda de mejores condiciones de vida.

Como resultado tenemos una ciudad que la mayoría de sus habitantes reconoce como productora de miedo, es decir, se vive con miedo, se cohabita con el miedo y esto tiene repercusiones en la forma de pensar, vivir y usar la ciudad y en los tipos de relación social establecidos por sus habitantes.

Estos son algunos de los comentarios que obtuvimos :

“Esta ciudad es como la selva de ¡sálvese quien pueda!”, “No sólo aquí en el barrio suceden cosas, sino en todos los barrios”, “En otras ciudades uno puede llegar de noche, aquí no”, “Aquí vivimos con el ceño fruncido, por la inseguridad y la desconfianza”, “La inseguridad se percibe hasta en la puerta de la casa”, “Hace tres años no volví a misa por el miedo y la inseguridad”, “No hay ningún lugar seguro en esta ciudad”, “Hay mucha violencia, inseguridad y robos que hacen del presidente para abajo”, “Se vive con miedo por tanto indigente que hay en esta ciudad”, “Tú llegas a esta ciudad y cambias de actitud y sales de ella y es como si te quitaran un hierro de encima”, “Cuando uno sale a la calle no sabe si va a regresar, la inseguridad es impresionante”.

Consideramos que esta imagen de ciudad productora de miedo responde en parte a los hechos de violencia que se presentan, pero en gran medida responde al imaginario creado a partir del flujo de información, tanto de los medios de comunicación como del rumor, el chisme, y la misma interacción que se establece con los grupos de socialización mediante la recreación de sucesos y experiencias que a diario circulan por la ciudad, reforzando la idea de ciudad peligrosa, de ciudad violenta y en general de ciudad que produce miedo.

Inmersos en una ciudad reconocida como productora de miedo, se identifican lugares y sujetos que lo producen, que a la vez permiten al ciudadano establecer, en contraposición, *ciertas seguridades*, así como también se producen infinitas formas creativas para hacer posible la vida en la ciudad y hacer frente o evadir las situaciones de miedo. Es dentro de esta gran gama de posibilidades y ante todo de la forma como esos miedos repercuten en las actitudes y formas de relación con los demás y de estos con la ciudad que habitan, que este estudio encontró su principal interés.

Se estableció una muestra de nueve localidades (Usaquén, Suba, Chapinero, Engativá, Santafé, Kennedy, Bosa, Rafael Uribe y Ciudad Bolívar) en donde se aplicaron 900 encuestas a profundidad y se realizaron talleres con las comunidades locales. A partir de un estudio antropológico y con la utilización de observación etnográfica, entrevistas y recorridos por la ciudad a diferentes horas, pudimos acercarnos a los imaginarios y a las percepciones que sobre el miedo tienen los habitantes de esta ciudad. De tal manera se pudieron dibujar mapas mentales y entender cómo cada sector es mirado por sus habitantes (desde adentro) y confrontarlo con la mirada del resto de la ciudad (desde afuera). Se pudo obtener información sobre la ciudad que conocen y usan, así como también de la ciudad que no conocen pero que imaginan.

¿QUÉ ES EL MIEDO?

Veamos algunas definiciones de miedo. Para Pierre Mannoni “son las situaciones en que el hombre se ve enfrentado a estímulos o representaciones mentales que él siente como amenazas, es el reconocimiento de un peligro real o imaginario”. Jimeno y Roldán lo definen como “la percepción de un peligro interno o externo, real, supuesto o anticipado. Es la señal de alarma que predispone a la huida, a la defensa o al ataque”. Emilio Mira y López lo reconocen como uno de los cuatro gigantes del alma: “Es la emoción con que se acusan, en los niveles superiores del reino animal, los fenómenos de parálisis o detención del curso vital que se observan hasta en los más sencillos seres vivos unicelulares, cuando se ven sometidos a bruscos o desproporcionados cambios en sus condiciones ambientales de existencia”.

Agnes Heller considera que el miedo es un afecto, que a diferencia de los impulsos presenta características particulares, las cuales entresacamos para aplicar en este



estudio pues las consideramos significativas y con repercusiones dentro de la dinámica del grupo social. Estas son:

El miedo es enormemente expresivo. Una persona con miedo modifica su expresión y su comportamiento, se puede leer en su cuerpo, es comunicativo pues constituye señales para el otro. En ocasiones el reconocer el miedo en el otro es aprovechado por el agresor.

El miedo es contagioso. Una persona con miedo hacia algo o hacia alguien tiene influencia para transmitir sus miedos a otros, alimentando así un imaginario de miedo que se expresará en otros individuos, aunque estos no hayan tenido la experiencia directa; se trata más bien de una experiencia social. En este aspecto juegan papel importante los medios masivos de comunicación y las conversaciones informales entre las personas.

Algunas opiniones recogidas fueron: "Se oyen y se ven tantas cosas terribles en las noticias", "Esta ciudad es tan violenta como cualquiera, el problema es que la información que se presenta es lo que da miedo", "Salgo poco por las noticias que dan de tantas cosas que pasan", "Dicen que roban, atracan, matan... Es mejor no salir de la casa".

El miedo es aprendido. El miedo puede ser sentido por individuos de diferentes culturas, pero el motivo que lo activa es ante todo cultural. ¿A qué le tengo miedo o a quién le tengo miedo difiere según la posición del individuo dentro del grupo social. El entorno suministra algunos elementos para interiorizar y definir el tipo de relaciones que se establecen con el mundo que nos rodea, en un proceso en que el hombre «aprende a sentir» y ese aprendizaje está dado culturalmente y tiene gran incidencia en el tipo de relación establecida entre los miembros del grupo.

Muchas veces los padres se encargan de advertir a sus hijos a qué lugares no deben ir y a quién le deben temer, se enseña a estar a la defensiva y se abona el terreno para una respuesta violenta.

El miedo puede disminuir con el hábito. El miedo, la rabia y la curiosidad van disminuyendo con el hábito, a fuerza de presentarse reiteradamente. Sin embargo consideramos que al estar el miedo relacionado directamente con la violencia, no es posible acostumbrarnos a la presencia de este fenómeno sino más bien no negarse la ciudad, proponernos a conocerla, a recorrerla y a usarla

para familiarizarnos con ella , pues muchas veces el miedo aumenta con lo desconocido .

NIVEL DE MIEDO SENTIDO EN BOGOTÁ

Se ha visto que la ciudad es identificada como productora de miedo por la mayoría de sus habitantes, pero este miedo no es sentido de la misma manera ni con la misma intensidad, de manera que se dio la oportunidad al entrevistado de calificar su miedo en un nivel bajo, medio o alto, según lo valorara cada uno. Como resultado se obtuvo que la mayoría (50.3%), se reconoce con un nivel de miedo alto, el 38.6% con un nivel medio y un 11% con nivel bajo.

Al preguntar por el nivel de miedo asociado a las localidades en que se divide esta ciudad, notamos que la mayoría de las localidades se reconocen con un nivel de miedo alto (Chapinero, Santafé, Tunjuelito, Fontibón, Engativá, Suba, Barrios Unidos, Teusaquillo, Antonio Nariño, Candelaria, Rafael Uribe y Ciudad Bolívar). Y dentro de éstas las que expresan más alto nivel de miedo son las localidades de Candelaria, Ciudad Bolívar y Antonio Nariño.

Es importante anotar que ninguna localidad dio un nivel bajo de miedo. Estamos ante una sociedad que vive con miedo la ciudad, que vive intimidada y como tal debe adaptar formas de relación social que hagan frente o evadan estas situaciones.

FACTORES DE MIEDO

La mayoría de los psicólogos ven al miedo como algo propio del instinto humano, que le permite protección, defensa y agresión, pero nos acogemos más a lo planteado por Agnes Heller, en el sentido que si bien el ser humano no nace como un papel en blanco, pues cuenta con algunos comportamiento instintivos y en el caso del miedo se tiene una base biológica que le permite experimentarlo y sentirlo, el miedo es ante todo cultural el detonante que activa.

De tal manera, nos interesa más indagar por esta parte cultural que nos explica y nos enseña a qué le tiene miedo la gente en Bogotá y qué repercusiones tiene esto para el grupo social y para la ciudad en general.

A pesar de que estaba abierta la posibilidad de una amplia gama de factores por los cuales se identificaba el

miedo, es notoria la concentración de las referencias a factores relacionados con violencia, entre los cuales está agresión, robo, atraco, lesiones, asesinato, violación, secuestro, terrorismo y violencia indirecta.

Entendemos por violencia las "expresiones de conflicto social que tienen como resultado la muerte o lesión personal del contendor" (Camacho y Guzmán, 1990, p. 16). Aunque también se incluyó la violencia indirecta como aquella agresión a los sentidos, y que generalmente coincide con lugares demasiado deteriorados, sucios y se asocia con basureros.

Otros factores aparecen en mucha menor proporción. Factores sobrenaturales como espíritus, muertos, brujos y extraterrestres; factores sociomorales como drogadicción, alcoholismo, delincuencia y travestismo; fuerza pública como agentes de policía, del DAS, escoltas; desastres naturales como inundaciones, derrumbes, terremotos; desastres no naturales como incendio, inundación; accidentes de tráfico.

Al miedo generalmente se le identifica un agente productor (sujeto, espacio o situación) pero hay un tipo particular de miedo que se caracteriza por la no identificación del productor de miedo y la poca claridad del significado específico, es más bien un miedo sin objeto, conocido como ANSIEDAD. "Una persona está ansiosa si la mayor parte de los signos son desconocidos o ajenos, y no sabe si son peligrosos o no. No es cierto que la persona ansiosa tenga miedo a Nada, la persona ansiosa es la que tiene miedo a Todo"³.

Se escucharon comentarios como "Toda la ciudad me da miedo", "Cualquiera puede ser un agresor, uno no puede ni preguntar la hora", "Uno no puede confiar ni en el vecino".

Al hacer una mirada a los factores de miedo por localidad obtuvimos que en las nueve localidades de estudio, el factor que sobresale significativamente es la violencia y los demás son poco representativos, pues solamente el factor relacionado con accidentes de tráfico tiene alguna significación en las localidades de Chapinero, Bosa, Suba y Ciudad Bolívar, lo cual se relaciona con la cercanía a vías de alto tráfico.

ESTEREOTIPOS DE SUJETOS

En Santafé de Bogotá, al ser generalizada la percepción del miedo, se nos presenta una gran gama de realidades



relacionadas con el miedo que hacen referencia tanto a personas y lugares como a tiempos y situaciones que es necesario desentrañar y conocer su gramática para poderla leer y entender.

Para efectos de indagar por esos miedos urbanos desde la perspectiva de la interacción social, en la presente investigación se establecieron categorías que agrupan diversos estereotipos de sujetos y espacios asociados a la generación del miedo en la ciudad.

Ante el sentimiento de miedo al que generalmente se le relaciona un objeto o sujeto reconocido, se hacen caracterizaciones y clasificaciones de características para encarnarlas en estereotipos, a manera de prejuicios que intentan generalizar para señalar e identificar dentro de un contexto social. De manera que estereotipar es definir a un ser reduciéndolo, es una forma de discriminar verbalmente⁴.

El estereotipo identifica y define una relación con la otredad en la que se marcan diferencias sociales. "Hacia afuera masifica y hacia adentro da identidad"⁵.

Según la forma de referirse al otro, de denominarlo y de estereotiparlo, se vislumbran a través del discurso diferentes expresiones de dominación y poder, con una alta carga de diferenciación social al denominar al otro con características que no se tienen, o no se quiere, o no se cree tener. Cada epíteto o forma de denominación tiene una alta carga de segregación y discriminación que muestra ante todo jerarquías sociales y diferentes distribuciones de poder. Los estereotipos tienen componentes tomados de la realidad pero también de la fantasía y están ligados al imaginario pues lo refuerzan. Se refieren a sí mismos y al otro y son ambivalentes, pues a la vez que categorizan también cuestionan el modo de representación y le informan al estigmatizado la visión que tienen de él.

Goffman denomina también a los individuos estereotipados como estigmatizados por el grupo a quienes califican de "desviados sociales", en donde se incluyen "prostitutas, drogadictos, delincuentes, criminales, músicos de jazz, bohemios, gitanos, comparsas de carnaval, vagabundos, borrachos, gente de circo, jugadores empedernidos, vagabundos de las playas, homosexuales y al mendigo impenitente de la ciudad. Es esta la gente a quien se considera comprometida en cierto tipo de rechazo colectivo de orden social"⁶.

La construcción primaria del otro como enemigo deja la memoria de un patrón que será luego "llenado" con las figuras del presente o "actualizado" con nuevos miedos (Reguillo, 1995, p.9). En este proceso de "llenar" y de "actualizar" en la memoria las imágenes que evocan y dan sentido a los miedos, tiene papel importante el posicionamiento del individuo dentro del grupo social, su ubicación en la ciudad, su socialización y el carácter del grupo de sus pares.

Mira y López afirman que "cada susto crea sus miedos", o sea que mientras las reales acciones dañinas—causantes de la respuesta de inactivación directa— aumentan en proporción aritmética, los estímulos que las representan y anticipan, provocando la denominada reacción de alarma (también denominada "eco" o "sombra" del verdadero miedo), aumentan en proporción geométrica. Se crea así una especie de círculo vicioso que "nutre a nuestro gigante", haciéndole tomar inusitadas proporciones.

El hecho de estereotipar y de estigmatizar al estereotipado permite "actualizar las figuras que amenazan de múltiples formas la seguridad de los sujetos" (Reguillo, 1995, p. 10), es una forma de "encarnar el mal" en sujetos seleccionados para tal propósito. De tal manera que el estereotipo se usa para manipular, alimentado por relaciones de poder que se dirigen hacia algún sentido y con fines determinados, para contribuir a mantener una situación, una posición, una actitud. Es decir, actúan como una forma de control social dentro de un sistema determinado.

En una sociedad de carácter hegemónico, jerarquizada y con marcadas diferenciaciones de poder como la nuestra, es posible que los miedos se presenten y se reproduzcan, reforzando esa relación dominante-dominado.

Aunque los estereotipos se refieren a una amplia gama, se concentran más en los que descalifican, en los que estigmatizan. De manera que estereotipar es una forma clara de discriminar verbalmente, así pues entendemos por qué Hirschon afirma que "una lengua no tiene huesos, pero sí rompe huesos" y Austin (1962) dice que "los estereotipos representan una forma cruel de hacer las cosas con palabras", pues a esta forma de nombrar despectivamente se relacionan consecuencias sociales.

Denominar peyorativamente al habitante de la calle como *desechable*, denota una gran carga de contenido

de desprecio y subvaloración por el *otro*, al que se le considera una mancha para la sociedad y a quien se le atribuye el ser causante de problemas relacionados con violencia, inseguridad y miedo, además de la imposibilidad de reintegrarse al grupo social, de ahí el carácter de *desechable*. Esta denominación se torna de uso común para muchos, se hacen estereotipos, convirtiéndose en una categoría social.

Este estereotipo en particular es para la mayoría un lugar común para explicar uno de los principales problemas sentidos de esta ciudad, y va creciendo como una bola de nieve y actúa como la teoría de la "ventana rota"⁷, en donde de ver tantas veces el vidrio roto, y ante una situación de *abandono*, se siente cierta permisividad por dañar los que aún están buenos, pues se parte de la base de que cuando no se ejerce respeto por un sitio, no se puede exigir a otros el respeto por los demás.

Los estereotipos de sujetos incluyen una gran diversidad de personas pero se concentran en los habitantes de la calle. Son ellos indigentes, ñeros, gamines, vagabundos, mendigos y *desechables*. Se les atribuyen características tales como desgreñados, con ropa sucia y rota, desfigurados, con cicatrices, con mirada intimidadora. En una menor proporción se reconocen como sujetos productores de miedo a personas en estados alterados por consumo de drogas y alcohol, a personas relacionadas con actividades de seguridad, a trabajadores sexuales, a quienes realizan actividades de transporte, a grupos diversos, a delincuentes y a personas con estados psicológicos alterados.

El miedo se siente, todos lo hemos experimentado, pero pocas veces pensamos en que también lo producimos a otros. Son miedos que nos hacen sospechar del vecino, ver en el *otro* un peligro potencial, aspectos que bloquean lazos de solidaridad, nos aíslan y nos encierran, haciéndonos evadir al otro, evitar el encuentro, y sentirnos en una ciudad de todos pero a la vez de nadie.

ESTEREOTIPOS DE ESPACIOS

Para hablar de lugares y de espacios de miedo en la ciudad es más conveniente hablar de territorios y entendemos como tal "el sustrato espacial necesario de toda relación humana, al que el hombre nunca accede directamente, sino a través de una elaboración significativa, que en ningún caso está determinada por las supuestas condiciones físicas del territorio" (García: 1976, p. 13).

El problema del territorio se planteó inicialmente por la geografía humana y posteriormente por otras disciplinas (ecología, economía, etología, sociología, psicología, antropología) y en este sentido interdisciplinario "el territorio recorre un camino que le conduce desde la objetividad casi fotográfica de un paisaje humano, hasta las complicadas estructuras mentales y significativas que le sustentan y le hacen humano, pasa del mundo de las cosas al de los objetos y rebelde al objetivo de las cámaras y a la cartografía, se recluye en el intrincado mapa del lenguaje y de los símbolos" (García: 1976, p. 13).

Esa experiencia de territorialidad está dada culturalmente, proviene de la cultura y responde a ella, razón por la cual se conforman diferentes territorios a partir de mundos sensoriales diversos. Esto le da un carácter subjetivo a la interpretación del territorio, en donde la utilización del territorio está dada por la mediación entre la idea que se interpone entre el espacio y el ser humano, es una creación cultural y sólo se entienden sus códigos desde donde se producen.

En este estudio quisimos conocer el sentido de territorio como espacio conocido y con significación en torno al sentimiento de miedo, es decir qué lugares de la ciudad nos hablan de miedo y cuáles no.

En las nueve localidades estudiadas se preguntó por los estereotipos de los lugares relacionados como productores de miedo en Santafé de Bogotá y los resultados nos revelan que la mayoría de las personas identifica los espacios públicos asociados a vías y transporte como lugares productores de miedo. Estos son principalmente calles, paraderos, autopistas, cruces, puentes peatonales, buses y busetas como lugares que se evitan para a su vez evadir las situaciones productoras de miedo.

En menor medida se identifican lugares productores de miedo como los espacios públicos asociados con barrios y residencias (potreros, parques, plazas, casas), espacios públicos relacionados con actividades económicas (almacenes y zonas comerciales), espacios relacionados con actividades de diversión (bares, minitecas, estadios, chicherías), espacios institucionales (CAI, CAMI, estación de policía, cárceles, hospitales, cementerios), espacios abiertos (basureros, matorrales, caños, orillas del río), y espacios cerrados (baños públicos y ascensores). Como características generales, estos diferentes espacios se reconocen como estrechos, oscuros, feos, sucios y con gente *rara*.

El Cartucho fue el lugar más nombrado desde todas las localidades estudiadas. Sin embargo, al tratar de ubicarlo y expresar las razones del miedo, aceptaron que no lo conocían ni tenían una referencia directa. Esto hace pensar en la existencia de otros canales por donde fluyen las imágenes y cuyos contenidos pueden no guardar correspondencia con los registros detallados de quienes viven y entienden el lugar, pero de igual forma constituyen representaciones espaciales que determinan comportamientos específicos de quienes los portan.

Se destaca que dentro de las 36 vías identificadas con un nivel de miedo alto, las de mayor intensidad son las que recorren la ciudad en sentido norte-sur. De todas estas sobresale la Troncal de la Caracas, en un tramo específico, a la que se le atribuyen características que la relacionan con una jaula o una ratonera. Además de presentar un aspecto feo, oscuro, estrecho y peligroso.

Representarnos la ciudad y definir nuestro comportamiento ciudadano que es generalmente de individualidad, de aislamiento, de no optar por la solidaridad, de evitar al vecino, de desconfiar del otro, de sospechar de todos, también se refleja en la carga semántica que conllevan algunos nombres de lugares de la ciudad: La Calle de la Muerte, La Colina de la Deshonra, El Palo del Ahorcado, La Piedra del Muerto, Pueblo Quieto, La Calle del Susto, La Calle del Miedo, Cuadra Picha, El Palacio de la Muerte, Calle Caliente y Puerto Puñal.

Entender los miedos de hoy nos exige conocer las características de la ciudad y de sus pobladores, pues si bien no es un sentimiento nuevo, se va estructurando y consolidando según múltiples características del momento histórico. Entre los miedos de antes y los de hoy existen analogías pero también marcadas diferencias. Al respecto el historiador Duby dice: "El hombre medieval se hallaba en estado de extrema debilidad ante las fuerzas de la naturaleza, vivía en un estado de precariedad material comparable al de los pueblos más pobres de África hoy. A la mayoría la vida les resultaba dura y dolorosa. El hombre medieval experimentaba miedo. El pueblo vivía temiendo continuamente al mañana. Pero por otra parte no se puede hablar de auténtica miseria, porque las relaciones de solidaridad y de fraternidad hacían posible que se redistribuyera la escasa riqueza. No existía la espantosa soledad del miserable que vemos en nuestros días"⁸.

La ciudad es un espacio en permanente construcción y en ella juegan papel importante las percepciones y los

imaginarios que elaboran los ciudadanos respecto al espacio que ocupan y que tienen que ver con variables de tipo económico, político y sociocultural. Las percepciones y los imaginarios se hacen visibles a partir del *posicionamiento* desde donde se viva la ciudad, es decir, la ciudad es una realidad que no es vivida de la misma manera por todos sus habitantes.

La ciudad se vive con miedo. El miedo inhibe, el miedo ata. Sin embargo, se crean mecanismos de defensa y se diseñan estrategias de prevención para prevenirlo o afrontarlo, como por ejemplo, en vez de cartera usar una bolsa plástica, no cargar objetos lujosos, no transitar por lugares oscuros, evitar hablar con extraños, no utilizar los últimos puestos del bus o la buseta, mirar a los ojos al ladrón, evitar caminar por los andenes y hacerlo por la calle, dejar las manos libres, dar la *liga* y, ante todo, no demostrar miedo.

El mundo del imaginario tiene un efecto social concreto tanto en el comportamiento de los ciudadanos como en las formas de interacción que están dispuestos a establecer. Así se producen estados de prevención y sospe-

cha permanente, de aislamiento y de individualidad, que dificultan lograr una vida amable en la ciudad. Llevamos a cuestas mayor o menor cantidad de imágenes de miedo y así proporcionalmente se representan nuestros miedos con mayor o menor intensidad.

En medio de este ambiente de individualidad e insolidaridad no hay espacio para la negociación en una ciudad polarizada e intolerante que no conoce el diálogo como posibilidad de resolución de conflictos. El aislamiento en que se sienten los ciudadanos, sumado a la pérdida de credibilidad en las instituciones encargadas de brindar seguridad, más la ausencia de una cultura ciudadana de solidaridad, provoca reacciones cada vez más antagónicas : el enfrentamiento violento o la sumisión total.

Los espacios, las situaciones y los personajes generadores de miedo se han convertido en una constante en la vida cotidiana de nuestra ciudad. No existe ciudadano indiferente ante estos factores, por ello la totalidad de personas consultadas confesaron asumir una o varias reacciones, estrategias y medidas para neutralizar el miedo.



El grado de generalización alcanzado por el miedo en la capital es tal, que ha permeado los lugares residenciales. Se evita la utilización del espacio público y cada vez más se constriñe al espacio privado. El ciudadano corriente ha convertido su hogar en su propia cárcel, la desconfianza lo ha sumido en el aislamiento y el silencio, de manera que sólo a la realidad virtual de los medios electrónicos se le permite instalarse en su hogar.

En medio de este ambiente de miedo, se fragmenta la ciudad, se debilita la posibilidad de crear redes sociales extensas puesto que predomina la individualidad y el *sálvese quien pueda* y de esta manera es más fácil controlarla desde unos intereses específicos de poder.

Aunque es verdad que suceden actos de violencia y que es necesario trabajar para bajar estos altos índices, no es menos cierto que los imaginarios sobre el miedo son mayores, y en muchos casos se llega a estigmatizar aún lo que no se conoce. Se vive con miedo y ello constituye terreno abonado para la gran desconfianza que nos produce *el otro*, y en medio de un ambiente de marcada injusticia e impunidad, nos hacemos aún más vulnerables ante el miedo.

Afirma la psicóloga María Antonieta Solórzano que “hemos sido cuidadosamente entrenados para sentir miedo”, por lo cual consideramos que es indispensable empezar a actuar en un proceso de *desaprendizaje* del miedo que nos permita finalmente ser habitantes de una ciudad, con capacidad de recorrerla, usarla, disfrutarla y ejercer nuestro papel de ciudadanos en toda su dimensión. Poder vivir finalmente en una ciudad en donde no creamos que *el otro* está en permanente actitud de ataque. Es necesario actuar para desmontar el imaginario colectivo que nos hace pensar que somos violentos y que vivimos en una de las ciudades más miedosas del continente.

De tal manera pudimos conocer cómo en Santafé de Bogotá el miedo ha ido conformando territorios a partir de imaginarios creados por experiencias directas o indirectas, enmarcadas dentro de unas relaciones de poder que aíslan individuos, fragmentan la ciudad y facilitan el control social.

Consideramos de gran importancia continuar con otros estudios sobre el miedo en Santafé de Bogotá, realizados con seguimientos periódicos y nuevas coberturas en otras localidades, de tal manera que se muestren las di-

námicas de este fenómeno para conocerlas, evaluarlas y emplearlas en la generación de políticas dirigidas a lograr una mejor convivencia en la ciudad.

Con miedos, con temores, con angustias, aunque también con estrategias, esperanzas y acciones ciudadanas, tenemos grandes motivaciones para seguir explorando la gramática de esta ciudad, guiados por una fuerte motivación de interés y afecto por esta ciudad, condición imprescindible que pone el arquitecto Carlos Martínez cuando dice que “para hablar de Bogotá, es indispensable contar con un profundo afecto por ella”. ◉

NOTAS

1. Este artículo corresponde a una síntesis del trabajo elaborado en 1997 en el Instituto Colombiano de Antropología, dentro del programa del Observatorio de Culturas Urbanas, junto con los antropólogos Leonardo Vega y Nelson Lugo y el sociólogo César Rozo.
2. Restrepo, Luis Carlos. Ponencia. Pasto. 1996
3. Heller, Agnes. Instinto, Agresividad y Carácter.
4. Herzfeld, Michael «Cultural Intimacy» Social poetics in the nation-state. Routledge. New York. London. 1997.
5. Bhabha, Homi. «The location of culture» Routledge. New York. London. 1994.
6. Goffman, Erving. El Estigma. La identidad deteriorada. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1963.
7. Camacho, Álvaro. Comentarios respecto al estudio sobre la violencia. Observatorio de Cultura Urbana. Bogotá, septiembre 10 de 1997.
8. Duby, Georges. Año 1000, Año 2000, las huellas de nuestros miedos. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile. 1995.



CORPORACION REGION

CALLE 55 41-10
TEL: (57-4) 2166822
FAX: (57-4) 2395544
C.E. coregion@epm.net.co
A.A. 67146 MEDELLÍN - COLOMBIA

UMBRALES

Diferentes autores nos presentan miradas complementarias y alternas, nos remiten a la génesis del tema de la juventud en diversos campos: la cultura, la socialización, la participación, los ritmos y los consumos, en el contexto de una pregunta abierta a cambios culturales y desafíos nacionales. Las certezas aún son leves y las preguntas abundantes.

PALABRAS MÁS No. 5

ESTAR ATENTOS

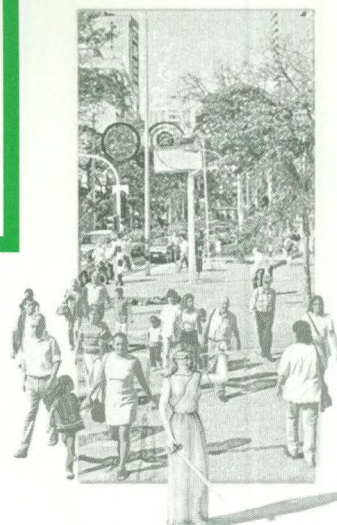
DESARROLLO SOCIAL Y CONTROL CIUDADANO EN COLOMBIA

Los temas de erradicación de la pobreza, la equidad de género y el desarrollo social, son hoy el centro de debate sobre la agenda social que impulsan los países y los organismos internacionales, frente a los fracasos y desastres del consenso económico y político que, desde hace dos décadas, ha inspirado la acción de los Estados y la formulación de las políticas económicas y sociales.

PALABRAS MÁS No. 5 coloca este número como aporte al debate y la reflexión sobre los temas de Vigilancia Social de los Derechos Económicos, Sociales y Culturales en Colombia.

OTRAS

PUBLICACIONES



JUSTICIA COMUNITARIA Y JUECES DE PAZ LAS TÉCNICAS DE LA PACIENCIA

Un aporte a la reflexión de tal manera que, desde otro lugar, encontremos salidas pacíficas y en democracia y derecho a nuestra conflictiva convivencia. En él encontrará el lector análisis sobre el ejercicio democrático de la justicia, las virtudes y limitaciones de la justicia comunitaria y de la mediación y en especial miradas desde varios enfoques sobre los jueces de paz.

Publicado en asocio con el Instituto Popular de Capacitación -IPC- y la Red de Justicia Comunitaria -RJCTC-

Adpostal

Llegamos a todo
el mundo!



CAMBIAMOS PARA
SERVIRLE MEJOR A
COLOMBIA Y AL MUNDO

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELÉFONOS

2438851 - 3410304 - 3415534

980015503

FAX 2833345

**Hay una inquietud,
una angustia,
crispada al fondo
de nosotros.**

Georges Duby

